

LA CIUDAD ENCANTADA
DE
CHILE.

DRAMA PATRIOTICO HISTORICO-FANTASTICO

EN CUATRO ACTOS

POR

JORGE KLICKMANN.



VALPARAÍSO
LIBRERIA UNIVERSAL
CALLE DE LA ESMERALDA, NUMERO 13.

1892

*Esta obra es propiedad del autor,
sin cuyo consentimiento no podrá
ser representada.*

VALPARAÍSO
IMPRESA Y LITOGRAFIA EXCELSIOR, SERRANO 14-16
1892

PERSONAJES:

MAREGUANO, ulmén de la Ciudad Encantada.

TEGUALDA, su hija.

GLAURA, sirvienta de Tegalda.

TULCOMARA.

EPULEF, un guempín de Lauquén.

LAUCO, amigo del guempín.


COLCA.

PILLÁN, el Dios de los araucanos.

Algunas de las personificaciones que en su conjunto forman á Pillán.

Hombres, mujeres y niños.

La acción es en la Ciudad Encantada de Chile, en otoño á principios del siglo XVI en una isla del lago Villarica.



LAUQUÉN.

La lóbrega frente bajada,
Lauquén, me dirijo á ti.
Mi bella Ciudad Encantada,
Do la cobijas, dí.
En tus riberas un día,
Poblada de miles y mil,
Faustosa ella lucía
Orgullo varonil.

Mas nada de tanta grandeza
Quedósenos en pie.
De esa divina belleza
Ni un vestigio se vé.
Te cruza mi barco en vano,
Buscando con ansiedad
La bella, que ufano
Hundiste, la lauta ciudad.

Mas ¡ay de mí! hiciste
A mí del radiante mar,
Del solio que perdiste,
Fugaz reflejo llegar.
Continuamente prendado
De esa beldad me veré.
Por ella arrobado,
Reposo jamás tendré.

JORGE KLICKMANN.

LA CIUDAD ENCANTADA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

(Una plaza de la Ciudad Encantada. En el fondo se ven suntuosísimas casas al través de árboles, arbustos y flores. En el centro de la escena se ostenta un gran canelo de cuyas ramas pende un sinnúmero de objetos, como brazaletes, sortijas, zarcillos, aretes, prendedores, alfileres de oro y plata, llantos, sartas de llancas, trariloncos, huinchas de varios colores, repus, plumas de ave arregladas por manera que figuren flores y ramos, una multiforme vajilla de arcilla de varios colores, pequeñas redes y cestillos llenos de provisiones, flores y frutas. El oro y la pedrería reflejan los rayos del sol y alumbran toda la escena. Las veces de los rayos solares hará un reflector eléctrico ó luces de Bengala. En la copa del árbol reposa un flamenco ó un manque. Al rededor del árbol están sentados músicos, usando de respaldo el mismo tronco del árbol; sus instrumentos son: trutru-cas, cuernos, flautas, trompetas, cultrunes, pitos de piedra y de madera. Formando un gran círculo, que tiene de centro al mismo canelo, se ven interpolados mancebos y doncellas vestidas con todo primor. Los varones visten calzones cortos azules y ribeteados, blusa blanca con mangas cortas, ulcos colorados, claveteados con oro, plata y pedrerías, ceñidor de llancas y trarilonco de huinchas coloradas, blancas y azules. Las mujeres llevan falda blanca que les llega hasta la rodilla, blusa colorada con mangas muy cortas, icla azul recamada de oro, plata y piedras relumbrantes y ribeteada de huinchas blancas, azules y coloradas. Todos andan descalzos, teniendo sólo sandalias de mimbre, aseguradas á los pies con cordeles torcidos de hebras azules, blancas y coloradas. Los hombres llevan el cabello recortado debajo de la oreja; las mujeres lo llevan suelto, pero para que no caiga á la cara, tienen puesta una huincha que pasa por la nuca debajo del pelo y que remata en lazada sobre la cabeza. Llevan también las mujeres sartas de llancas al cuello y brazaletes; los hombres tienen puestos ramitos de flores en el ceñidor y en el trarilonco. Todos tienen trarinamúes. Por ambos lados de la escena se verán hombres y mujeres sentados en bancas cubiertas de elegantes pellejos ó tapetes tejidos; en primer término estarán sentados hombres sobre pellejos tendidos en el suelo. Todos tienen vasos de diferentes formas confeccionados de oro, plata, madera, mármol, greda, cuerno y mimbre. Cada varón lleva sus armas de

modo que el público las pueda ver. Las armas que los araucanos usaban, eran: macanas, porras de metal, varas de un grosor de 15 á 20 centímetros y un largor de unos cinco metros, picas larguissimas, lanzas de colihue, arcos y flechas pintadas de diferentes colores y guarnecidas de plumas, cuchillos de piedra y bronce, hachas, hondas, laques y martillos. De las mujeres que están sentadas, unas estarán hilando con huso, otras tejiendo cestos, vasos y sandalias y otras cosiendo ó confeccionando huinchas y trariloncos. Los varones tendidos en el suelo, estarán jugando con porotos, dados, palitos, etc., juegos que los araucanos llamaban quetrucún, uye, delcahue, pigcoitn, etc. El primer asiento del banco que está á la derecha, lo ocupa un guempín (poeta araucano). De los hombres que están sentados y tendidos en bancos y pellejos, algunos vestirán como los danzantes, los demás llevarán ponchos, mantas de plumas de ave ó de pellejos, camisetas de diferentes colores y ceñidas con largas fajas coloradas. De las mujeres y doncellas algunas vestirán como las danzantes, á las demás se verá con faldas largas de vistosos colores, chamal, mantas de finísimas pieles de ave, de chinchilla y de vizcacha y guirnaldas de plumas y flores. Los niños no tienen más abrigo que unas pampanillas que les llegarán por todos lados del cuerpo desde la cintura hasta poco más arriba de la rodilla, y estarán adornados de huinchas, trariloncos, guirnaldas, ramilletes de plumas y flores. Se presentarán los niños con arcos, flechas, lanzas, hondas, laques, tepus y bolsas; de las niñas aparecerán algunas con algún animalito en el brazo ó de una sogá á su lado. Animales que el antiguo Arauco se podían tener en las rucas, eran el pudú, el hueque, huanaco, huanque, quique, la vicuña, chinchilla, vizcacha, el tregle, el tordo, la tenca, el avestruz, etc.

Al levantarse el telón, tocarán los músicos; los jóvenes dispuestos al rededor del árbol, danzarán cantando en torno de éste al compás de la música, riéndose y departiendo alegremente. Por entre los que están sentados estarán agitándose mujeres en llenar los vasos de todos, según éstos los fueren vaciando.)

(Los danzantes cantan girando al rededor del canelo:)

¡Cuán risueño el cielo!
Matas, flores y trébol
Ornan prado y hoz.
Trae perfumes el viento,
Y en árbol esbelto
Suena dulce, alegre voz.

Por guijarros verdales
Aguanosos cristales
Lleva fuente al val.
Rana canta su siesta

Y su anrea cresta
Mece lánguido el trival.

(*Antes que acaben de cantar, el guempín se levanta y llama en alta voz:*) Silencio, mis doncellas y señoras, por breves ratos os estoy pidiendo.

Una voz.

Silencio pide el guempín. ¡Silencio!

(*Los danzantes siguen cantando:*)

Todo salta ufano:
Hueque en val lozano,
En colina cabrón,
Aves en el ambiente;
Peces en la corriente,
En las flores el moscardón.

(*Mientras se canta esta estrofa, clama uno de los jugadores*)
Van dos con éste.

Otro.

Tres son para mí.

Otro.

Aquí va otro. Yo me como nueve.

Otro.

Una copa del licor de ñí.

Otro.

Que hable el guempín.

Lauco. ¡Silencio, pues,

Danzantes bellas, y vosotros que
Por vuestros juegos arrobados, no
Prestáis acato al guempín. (*Cesa el canto.*)

Un jugador.

Y veinte.

Otro jugador.

Ganaste, sí, mas desde luego en
Segundo lance nuestras fuerzas y
Fortuna vamos á tentar.

Otro jugador.

Que viva el ñihuín, el más festivo
De los trabajos que en muy alegres,
Risueñas horas rematamos.

El guempín.

Y viva, mientras jóvenes hubiere
Que para los trabajos esforzados
Con buena voluntad acuden á
Regocijarse y hacer el bien
Por éste hoy, mañana por aquél.

Saludo pues á todos que aquí
Presentes os halláis, y deseando
Que esta fiesta que alegres hoy
Estamos presenciando sin zozobra
En esta plaza Auca de Lauquén,
No sea uno de los últimos gollines
Que en recíproco auxilio
Celebran hijos de Arauco, alzo
Mi vaso en honor de los gentiles
Donosos jóvenes que con encanto
En diversiones las faenas truecan.

Lauco.

¡Y vivan en primer lugar las que
Aquí diviso, lúcidas doncellas!

Muchos

¡Qué vivan! Sí! que luengos años vivan!

(Doncellas y jóvenes vuelven á danzar y á cantar:)

Acercaos pues todos,
Y de múltiples modos
Suene dulce cantar.
Y saltando dancemos
Y alegres cantemos:
Viva el canto y el danzar.

Lauco. Guempín! La presunción acabas de proferir de que este gollín quizá el último pueda ser que aquí se celebre. ¿En qué se funda esa aciaga sospecha tuya? ¿Quizá han vuelto á pasar los invasores las márgenes del Butanlebu, para someterse al fin á Arauco que tanta resistencia opone á los insatiabiles planes del fastuoso inca Huaina Cápac?

Epulef. Acaba de llegar un leptoqui del aillaregue de Boroa á pedir á Mareguano que tome parte en un levantamiento de todas las tribus chilenas, para exterminar á los forasteros. Pues, según él refiere, Huaina Cápac ha muerto.

Lauco. ¡Murió el inca! Otra vez pues podremos vivir en paz y quietud, como vivimos, antes que el invasor del norte sus codiciosas miradas en nuestro suelo hubiera fijado.

Epulef. Ha muerto Huaina Cápac, el segundo inca opresor de Chile, y así como el confin de las conquistas del primero era el valle de Aconcagua y del segundo el margen boreal del Butanlebu, así, siguiendo el ejemplo de los que le precedieron, querrá hincar el tercero quizá su lanza, cual hito deslindador, en la plaza Auca de Lauquén.

El pueblo

¡No sea, no! ¡No sea! ¡Muera! ¡Muera!

Lauco. ¿Y qué determinación ha tomado Mareguano?

Epulef. No se ha resuelto aún, qué partido tomar. Mas sabed: un inca acaba de morir, pero en lugar de uno se han apoderado dos del gobierno del gran reino de los que hijos del sol se nombran. Atahualpa y Huáscar, ambos, celoso el uno del otro, empuñaron las armas y arremétense sus huestes con iracunda pujanza.

Lauco. Alegrémonos pues en ese caso. En guerra fratricida ambos se debilitarán y jamás podrán sus huestes atennadas afrontar los robustos brazos de los nuestros.

Epul. Así es de presumirlo. ¿Pero no han sido ofuscados millares de mitímaes, de bondadosos chilenos, por la benevolencia observada para con ellos por Yupanqui, de tal manera que en vez de aprovechar la ocasión de hacerse libres, han ido á engrosar las filas de uno de los que se disputan el áureo trono de aquéllos que su cuna buscan en el fondo del cristalino lago quichua?

Lauco. Han sido ésas unas pocas tribus, amigos de la paz; pero ahí tenemos á los valientes pencones y cantines, bravos cuncos, mauleses y boroanos que á sus hermanos de los butalmapus de Arauco no cederán en valentía.

Epul. Ya lo han demostrado así. Apenas había llegado á los regnes de aquende el Butanlebu la noticia de la muerte del inca, se unieron todos los pueblos de Arauco, cayeron sobre los invasores y sostuvieron contra ellos una cruenta batalla á orillas del Maule que cinco días duró, sin que á ninguno de los combatientes pudiera nombrarse vencedor. Mas, cansados los peruanos de medirse con los nuestros, abandonaron nuestras para ellos inclementes comarcas, volviéndose á su patria, de donde no volverán muy en breve á visitarnos en demanda de oro so pretexto de empeño civilizador.

Lauco. Acudamos pues al llamamiento que nos hacen nuestros hermanos del norte, no desatendamos el sublime ejemplo dado á todos nosotros, á quienes la alvosa planta de invasores vino á perturbar el apacible doméstico hogar. Apresétemos para acudir al auxilio de los vencedores del Maule; pues vencedores fueron, ya que el enemigo cejó. Aunámonos con ellos, y unidos todos los chilenos exterminemos á todos aquéllos que, pretendiendo querer arrancarnos de una oscura ignorancia, por ellos inventada, vienen en alterar la paz de nuestros pacíficos valles, para encontrar aquí pasto para su insaciable codicia de riquezas.

Una voz. Así es. Riquezas tiene Chile para los chilenos y para

el comercio leal con los pueblos amigos; pero tiene Chile también riqueza inmensa en la robustez y el amor patrio de sus hijos, para poner valla á la mórbida inquietud rapaz de los incariales.

Todos los carones. ¡Así es! ¡Así sea! Así siempre lo demostraremos.

Epul. ¡Oh, Lauco! Esa victoria que alcanzaron los nuestros á orillas del Maule, cuán pronto la veremos vengada. Esa guerra estallada en el Perú no puede ser de larga duración. Si no la muerte de uno de los candillos, será un avenimiento pacífico en que rematará esa contienda civil. El uno desquitará al otro con la creación de otro poderío. Y ese nuevo reino incásico se asentará en la fértil faja de tierra que estos mares australes bañan.

Lauco. Así será el plan de ellos, pero el realizarlo no será tan fácil, pues aquéllos, á cuyas plantas encorvarse vemos las esclavizadas cinturas de centenares de pueblos, hecho han la cuenta sin los héroes en cierne de los indígenas de Chile, de quienes la divisa sacra se contiene en estos términos: sé hospitalario y afable para con todos, ama á tu patria sobre todas las cosas, estima al extranjero en cuanto sus méritos lo merezcan y en cuanto pueda servirte de norte ó espejo; pero por lo que de otros países propio es, no olvides que tus lares quieren ser libres—libres en el pensar, libres en el trabajar y libres de extraño yugo en su paradisíaco país.—Que arriben los huincas á las playas de Arauco, que Arauco guardar la incolumidad de sus riberas sabrá.

Epul. ¿Pero cuánto tiempo lo podrá? Cual alud aplastador caerán los pueblos forasteros sobre Chile, y del Arauco de hoy ni un vestigio quedará.

Lauco. No muestres desconfianza. Vencer sabremos en unión de nuestros aliados. Y tú, presunto toqui en la próxima contienda, impele á los pobladores de Lanquén á que se apremien á aunarse con los demás pueblos chilenos. Haz encender en las cumbres de estas comarcas las luminarias nocturnas que á la lid llaman á los vecinos; acepta la flecha ensangrentada que del norte nos envían, y hazla correr hacia el sur, para que todo Chile se vea congregado bajo un solo toqui, formando así una compacta, fuerte, irresistible y aterradora valla hacia el norte y el poniente, como la forman hacia el oriente los Andes inexpugnables.—Partamos, volemós y afilemos las puntas de nuestras lanzas en los cantos del Huelén. Alumbrarános de día el benéfico astro

diurno, y de noche las hachas encendidas por nuestros bondadosos dioses en las cumbres del Aconcagua, del Maipo, del Tinguiririca, Chillán, Antuco, Llaima, Lauquén, Quetripillán y de todas las demas eminencias que por entre éstos hacia el cielo erguidas elevan sus testas empinadas, nuestros guías serán de consuno con las fogatas de nuestros hermanos en las cimas de los cerros desde Andacollo y el Mauco hasta las serranías de Huiple y Chumpeco.

Epul. Si como tú, todos en Lauquén pensarán, yo desde luego tu consejo seguiría sin más titubeo.

Lauco. Tu voluntad es la de toda Lauquén.

Epulef. La amistad que me profesas, me la profesas en demasia. Yo no la merezco tan intensa. Tú me amas y unos pocos más por ventura, el pueblo todo no.

Lauco. ¡Oh, Epulef! Si posible fuera el haber tú perdido el amor del pueblo, podría ser tan sólo, porque tardas en llevarlo á la lid. Por do quiera que se hable de hazañas por emprender, á quien primero nombran, eres tú, es el guempín, es Epulef, toqui en ciérne de Boroa.

Epulef. ¡Oh, Lauco! Indeciso me tienes aquí. No sé como secundar tu honroso valor. A Mareguano oigamos. Si él participa del plan por ti trazado, de muchos sacrificios se enorgullezca aún el ambicioso huinca, antes que domador de la bravura chilena él se llame. Nuestra antigua bonanza va siendo descartada por el odio y la venganza; el sentido por lo bueno, lo justo y lo bello irá á ofuscarse entre los nuestros y el insidioso talionar y el prurito de despucarse, que el alma desfiguran, desbancarán el alegrarse de la vida; y decayendo así paulatinamente, se anonadará al fin el un tiempo tan alegre, honrado, afable y robusto linaje araucano. Mucho hemos perdido ya: bonanza, territorios, valientes compañeros, honor doméstico, pérdidas irreparables. No nos queda ya mucho que perder.—Mas ¿qué digo! ¿No nos queda ya mucho? ¡Sí, somos ricos aún! La confianza en nuestros dioses, la fidelidad que el pueblo manifiesta para con sus gobernantes, el amor propio privativo del alma elevada y carácter meritorio, y la valentía de millares de chilenos nos han quedado. Y éstos serán que mostrando al enemigo valeroso pecho, batir nos enseñarán por los demás bienes que nos quedan.

Todos. ¡Así sea! ¡Así sea! Salgamos al combate! ¡Vamos á la lid!

ESCENA II.

Los anteriores y Tulcomara.

Tulcomara. A vuestras plantas vedme aquí postrado.

Misericordia, si sois araucanos.

Epulef. No soy yo, quien aquí la bienvenida darte puede.

Mas, alza, una mano amiga te presento.

Tulcomara. Aceptar esa mano que magnánimamente me ofreces, no puedo, antes que perdón de vuestro caudillo que en esta comarca manda, no haya alcanzado.

Epulef. ¿Araucano no eres? Aquí mi mano. De maldades capaces no son los nuestros. Te saludo en nuestros hogares. Y si así por bien lo tuvieres, narra lo que ha acontecido, á nosotros que los primeros somos de esta ciudad que se te apersonan. La bienvenida más detallada darás al ulmén.

Tulcomara. Del Maule vengo, y llegado en ésta mi peregrinación austral hasta el Toltén, lo traspaso y cansado me recuesto á la sombra de un árbol. Apenas adormecido, me despierta un cántico dulce y armonioso, blandamente por el eco de la selva repetido. Alzo la vista y veo—¡oh dioses!—en virtud de qué hechos he merecido tanta dicha y tanta desdicha á la vez—la ví y se huyó.

Epulef. ¿A quién viste? ¿Quién huyó de tí? Curiosos nos tienes.

Tulcomara. Una niña gallarda, de radiante rubia cabellera, con flores, verdes hojas y ricas vestiduras adornada. A su lado se abre el cielo, aparece Domuche, la diosa del amor, y me saluda. Quiero abalanzarme á la doncella, mas un hechizo parece mantenerme los pies clavados en el suelo. Y ella arroja el cesto que de su brazo pendía, y huye. Yo la sigo. Al llegar al puente que aquí cerca está, un centinela me niega la pasada. Lo asgo yo y lo lanzo al río y sigo á mi ángel hasta aquí, donde á mis ojos desapareció. Vedme pues delante de vosotros como trasgresor de leyes araucanas. Condenad al homicida. Mas dejadme ver á ella por segunda vez, bien que la postrera vez fuere. Contemplando á ella, al morirme, con leticia moriré.

Epulef. Es singular esto. Llamaré al ulmén. A él le has de dar la bienvenida ante todo, y estoy seguro de que te perdonará, pues tu relato no le sorprenderá menos que á mí me ha sorprendido. En esperando aquí breves momentos, bien puedes llegar á ver á la que viste en la selva, ya que forzoso es, que ella aquí venga á ofrecer sus dones al dios de las cosechas, como las demás doncellas de este barrio de

Lauquén lo acaban de hacer.—Quédate pues tú aquí, que nosotros al ulmén en tanto hablaremos.—(*Váse con Lauco.*)

Tulcom. Obedezco y me mostraré agradecido para con mis desconocidos amigos.

Uua voz. Sigamos nosotros! Evacuemos este campo y alistémonos á salir á otro palenque do el honor de la patria llamándonos está.

Todos.

¡Así sea! ¡Así sea! ¡A la lid! ¡A la lid!

(*Vánse todos.*)

ESCENA III.

Tulcomara (solo).

Aquí la veré, me dicen. Y bien merece ser por ella visitado este sitio en pulcros atavíos rebosando. Tú, ostentoso boigue, que más primoroso aquí que no en las demás comarcas de Arauco á mi vista te presentas,—y tú, límpido arroyuelo, que pacífico en tu lecho marmóreo, cual novio que á su bien se encamina, presuroso corres valle abajo, á juntarte con otros compañeros tuyos—sed vosotros protectores míos, valedme vuestra noble influencia en la difícil tarea que emprendo, inculcadme parte de vuestra galanura, del arte vuestro, á fuerza del cual os granjeáis el aprecio de las gentes, inspirad, ya que donosos sois, mis labios, para que éstos dulzura manen; inspirad á ella, flores, plantas y todo lo que de suntuoso y gallardo aquí brillo y lucimiento esparce, para que con genio letificado, festivo y grato ella escuche las palabras que á decirle voy, conmoved á ella, haced blando su corazón para que mis sentimientos de amor cual hirientes saetas voladoras penetrarlo en provecho mío puedan.—Es ella, la doncella, que se acerca.—Sí, ella es. Reconozco á mi ángel. ¿Vuelo á su encuentro? No, quizá una observancia recatada en este sitio alguna gustosa experiencia aportarme pueda. Detrás de este arbusto me escondo, hasta que ocasión propicia me muestre un camino llano que á mi bien me conduzca.

ESCENA IV.

Tulcomara invisible detrás de unas matas. Tequalda.

Tequalda. Nadie aquí. Tú, boigue pacífico y bondadoso, ataviado ya sin el auxilio mío, solo te encuentras. De dulces perfu-

mes impregnado siento el ambiente en que te elevas. Cual á todo inquilino de Lanquén cuadra, ha depositado ya cada uno su donativo en tus aras; yo la única soy que con sus deberes no ha cumplido aún. Mas tú, oh benéfico Pillan, creador y mantenedor del universo, no me inculpes de mala voluntad y acepta esta corona que con afecto y amor mis manos han tejido. Siempre en todos los gollines la primera fui, que las más hermosas y galanas producciones de nuestras tierras te ofrecí; hoy solamente la última me ves. —¡Perdóname!—No soy yo á quien de culpable tildar puedes, sino él, él, que me ha estorbado, cuando las flores cogiendo estaba. (*Pone las flores en el asiento debajo del árbol*).—¿Pero fué acaso él quien me interrumpió?—No, no! Yo misma, sin que mediara fuerza ajena, dejé de trabajar. Yo hui, y él nada me había hecho. Con cuanto placer lo hubiera contemplado más. Su mirada me había cautivado del todo, pero un sentimiento extraño aquí dentro de mi corazón hizo que huyera yo de él. A mal de mi grado me alejé de él. ¡Oh! si aquí llegara. Si en mis brazos pudiera estrecharlo. Cuán dichosa me sentiría. Jamás consentiría yo en que me abandonase.

Tulcomara (*Saliendo de su escondrijo*).—A tus plantas rendido me tienes humildemente.

Tegualda ¿Quién tan intempestivamente osa hablar en este recinto?

Tulcom. Tulcomara, á quien deseaste al alcance de tu mirada y de tus brazos.

Tegual. Los dioses me escucharon. Ellos te mandaron. En mis brazos te tengo por siempre. Los dioses te envían. Mío eres. (*Domuche aparece en las nubes*).

Tulcom. ¡Tuyo ¡tuyo, si! y tú mía, toda una eternidad! Quien herirte quiera, de mis brazos te saque primero. Este mi amante corazón tu pavés, tu asilo, tu hogar, tu protector será contra todas las fuerzas del aire, del agua, del fuego y de la tierra. Mía eres. (*Desaparece la vision*).

Tegual. Hueñuyún que los enlaces entre los novios protege, nos bendiga. Por tí de buena gana mi último aliento daré. Pero excúsame por breves instantes. Ir á ver debo á mi padre. Contaréle lo que aquí ha sucedido, para que él pueda ver si eres tú con efecto quien como yerno suyo el nuevo protector de los boroanos has de ser, enal los dioses lo dispusieron.

Tulcom. ¿Otra voz quieres que árbitro de nuestro amor sea, y no la de tu corazón?

Tegual. No te acongojes por lo que te digo. Eres tú forastero en

estas comarcas; y á un desconocido, que apenas este suelo pisa, ofrecí mi corazón. Y quieres tú que te lo entregue sin previo aviso á mi padre? Una hija ingrata no querrás hacer de mí. Luego vuelvo. Tuya seré. A ver á mi padre voy. Espérame aquí, que luego vuelvo. (*Vase*).

ESCENA V.

Tulcomara.

¡Yo toqui de los boroanos! Ulmén de la Ciudad Encantada el rústico Tulcomara! ¿Yo predilecto de los dioses? ¡Oh, doncella donosísima! ¿osas quizás mofarte de mí?—La sigo. Esta incertidumbre, este no sé que, que siento en el pecho, me ahoga. La sigo.—Un anciano. El ulmén, si no me equivoco.—¿Dónde me oculto?—Huyo.—Siempre me verá.—Este arbusto por segunda vez me favorezca.

ESCENA VI.

Mareguano. Tulcomara invisible.

Mareguano. Sér Supremo, Dios mío, adorado padre de los araucanos, ante tí me humillo. Oyeme; no me niegues tu aquiescencia á lo que te pido. La vejez pronto postrado me tendrá en el lecho de la inacción. Serán mis fuerzas impotentes contra la corriente forastera que nuestros hogares á pisotear viene con aleve osadía. A esta ciudad acercándose están los que no á tí sino á otros dioses aman. Nos apremiarán ellos á nosotros lo mismo que ellos á nuestros hermanos del norte han apremiado ya, á que les sirvamos, que abjuremos á tí, gran Dios, y que al Dios de ellos nuestras deprecaciones dirijamos. Debilitándome estoy, blandir la lanza pronto imposible me será, y sin pastor quedará este fiel rebaño, que hoy gobierno.—Concienzudamente he observado á todos que á este recinto se apersonaron; mas en ninguno las señas notar he podido, que me diera un huecubu para que yo reconozca á mi sucesor. ¿Quizá será tu voluntad perder estos valles? ¡Oh! si ésa tu determinación fuera, quítame de ellos antes que tu voluntad se haga. Aquí te he servido más de veinte años. Siempre que la ocasión se presentaba, te he honrado profusamente con fiestas que en provecho de tus protegidos redundaban. Aquí he manifestado á

todos, cuan humilde eres, cuan magnánima tu bondad, cuan sabias todas tus acciones. Aquí escuchaste mis quejas, mis agradecimientos y mis súplicas. Accede pues hoy también á lo que te pido. Enviame, gran Dios, envía el brazo robusto, que pueda reemplazarme en esta época de tribulaciones y angustias por que Arauco y todo Chile pasando está. No me dejes ver el aniquilamiento de tus más adictos servidores.—Las ramas se mecen. Me escuchas; lo percibo. (*Sale Tulcomara*).—¡Un hombre!—Si algún objeto noble te llevó aquí, bienvenido seas en nombre del dios de la fertilidad, cuyo día estamos celebrando; bendito tú y bendito lo que á emprender viniste.

Tulcom. Tú eres ulmén, eres soberano, mi señor; yo siervo. Aquí á tus plantas héme.

Mareg. Levanta, si inocente eres. No tiembla la inocencia, do á los dioses se arenga.

Tulcom. Culpable me siento; es por eso, porque así humilde me ves.

Mareg. No será mucha tu culpa, ya que tú mismo á delatarla vienes.

Tulcom. A las aguas de este río lancé la guardia que el paso me negaba, y para agravar aún más este hecho, no aguardé yo la bienvenida tuya al internarme por acá.

Mareg. ¿Y lo hiciste para alcanzar á una doncella que procuraba librarse de tu persecución?

Tulcom. Perdón. Con mala intención no lo hice.

Mareg. ¿Y encontraste la doncella?

Tulcom. Acaba de abandonarme en este sitio. Aquí nos encontramos. Aquí la estreché entre mis brazos. Aquí ella ha reposado en mi pecho. Aquí nos hemos jurado eterna fidelidad, y aquí también espero del ulmén que no se opondrá á que ella me pertenezca. Se alejó la que por hada pudiera tenerse, de aquí en busca de su padre; narrarle quiere ella, lo que aquí ha sucedido, pedirle quiere ella, que él la haga feliz... ¿Absorto estás y no respondes?

Mareg. El hombre que al agna cayó con el ímpetu de tus brazos, está salvado. Perdón ya obtuviste. Mas dime, de donde vienes, antes de irte más lejos aún de lo que ya te atreviste.

Tulcom. Do el Laja salta por pétrea, tajada escala, formando millares de arcos iris deslumbrantes en medio de una exuberante vegetación, rica en preciosas flores y frutos apetecibles, allí en el apacible regazo de una madre cariñosa me crié. Allí me ejercité en el manejo de las armas. Allí el

amor patrio un araucano, cano ya, cebó en mí, narrándome las proezas de los héroes que antes que él en Arauco vivieron, é instruyéndome en las canciones de la juventud. Entusiasmado abandoné la ruca de mis padres y fuíme, en amor patrio abundando, á ver con mi propia vista los campos y pueblos celebrados por mi instructor. Atravesé campiñas fércas, de sembrados llenos, ríos caudalosos, espesas montañas y serranías de perenne verdor revestidas, y llegué al fin á las orillas del Aconcagua, cuya arena de oro cuajada tan apetecida es de los hijos del inca, que toda esa comarca por ellos «la flor y nata de la tierra» fué nombrada. Hallé mucho allí que admirar, pero no encontré lo que buscaba. No era lo patrio lo que allí se veneraba, nó; costumbres extranjeras habían adquirido los que allí moraban, á otro Dios que al nuestro sus plegarias dirigían, y no gobernándose ellos mismos, cual siervos hacíanse gobernar por el inca, el austero monarca del Perú. Alejéme pues de ahí y me volví al sur, á ese sacro punto á orillas del Maule, do el valiente araucano por vez primera dió prueba del valor de sus brazos al forastero que pretendía subyugarlo con tanta facilidad, como ya se había subyugado al norte de nuestra patria común, de nuestro Chile. De allí me dirigí á estos distritos australes para conocerlos, y me encaminé primero á esta magna ciudad que llaman la encantada. Es eso todo lo que de mí contarte puedo.

Mareq. Y basta eso. Mas escúchame ahora tú también con atención.—Lo que aquel astuto monarca que tú mencionaste, no pudo obtener con el filo de sus armas, él sabrá alcanzarlo con medios ocultos, á los cuales el araucano no pondrá desde un principio la necesaria atención. Llegaránles á nuestros hermanos boreales primeramente objetos de arte primorosos que excitarán la curiosidad de los nuestros y harán nacer en ellos necesidades imaginarias que sólo la posesión de esos objetos podrá satisfacer. Con todo eso nacerá en nuestros hermanos el deseo de ver ese país, de donde esos pulcros trastos y dijes artificiosos han venido. Y para facilitar el satisfacer esos deseos, el inca les trocará los terrenos que en Chile poseyeren, por otros en el Perú, de modo que irán chilenos al lejano norte á perderse en el grande océano que es la tupida población del reino de los hijos del sol, y á trueque vendrán muchos extranjerós á establecerse en Arauco, desterrando paulatinamente á los que aquí aun permanecieron, ó haciéndoles adoptar las costumbres de los súbditos incariales. De otro Dios les contarán, que es el

sol, del cual imagen de oro se han hecho y á la cual adoran. Enseñarán adorarla también á los nuestros, y éstos venerarán, lo mismo que los demás hijos del inca, en esa imagen de oro no al sol, que nombran hacedor de todo el universo, sino la materia de que ese símbolo de su Dios se hizo, aquel amarillo y luciente metal que ya habrán aprendido á apreciar mediante la manifiesta codicia de los conquistadores incariales.

Tulcom. ¿Y ese Dios á quien los forasteros adoran, es quizá mejor que el nuestro, ya que á aquél cabe tanta pompa que al nuestro estamos negando?

Mareg. No te ofusquen pompas exteriores. Es el Dios de ellos un objeto solamente, una mera parte de todo el universo; el nuestro es *todo lo que ves*, y es el Dios de ellos parte sólo de nuestro Dios, de quien forman simples partes el cielo de astros tachonado, el aire, el agua, la tierra y todo lo que en ellos se encuentra. Pero nosotros no tenemos templos especiales en que le adoremos; es nuestro templo todo el mundo, sobre el cual la bóveda celeste se extiende. No hacemos con nuestras manos efigies del Ser Supremo, porque cada planta, cada flor, cada árbol, cada piedra, cada arroyo y cada sér viviente nos hace pensar en él, nos hace tener presentes siempre su grandeza, su omnipotencia y su paternal amor. Mas porque no tenemos templos como los forasteros del lejano norte, han dicho éstos que no creíamos en Dios, y que á causa de esto no teníamos moral, que éramos salvajes supersticiosos, faltos de civilización.—¡Ay de vosotros, huincas, que de supersticiosos nos tildáis! Veis los pequeños defectos en un pequeño número de los nuestros; pero mirad los vuestros y reconoced, que es un Andes la superstición de unos pocos de los forasteros al lado de la apenas perceptible execrecencia *superstición chilena*.

Tulcom. ¿Y á la tan decantada civilización qué interpretación le das?

(*Pasa Colca. Mareguano le hace seña de acercarse. Llega Colca al lado de Mareguano, y éste le dice algo al oído, después de lo cual vuelve á desaparecer aquél.*)

Mareg. ¿Civilización? (*Meditando*).—Civilización es un conjunto de costumbres y prácticas que por cierta convención tácita ha adquirido un pueblo que tiene el poder suficiente para compeler á otros pueblos menos poderosos á que hagan lo que él gusta de hacer. Y la verdad de lo que te digo, la tienes á la mano. A nosotros los chilenos, que merced á

nuestras costumbres somos robustos, alegres, longevos y leales, nos tienen las demás naciones por salvajes, porque no queremos adoptar sus hábitos y prácticas que, si las admitiéramos, muy pronto trocarían en nosotros la robustez en debilidad, la salud en enfermedad, la alegría en inquietud y codicia de riquezas, el largo vivir en muerte anticipada y la lealtad en insidia y el prurito de atropellar á otros.— Tú, mancebo, conténtate con la civilización que en Arauco adquiriste, y sé siempre á los ojos de los huincas un salvaje que según ellos no tiene Dios, porque no tiene templos; que no tiene moral, porque te creen sin religión; que no tiene buenas costumbres por presunta falta de moral; y que no puede ser sino un salvaje, ya que el razonamiento de ellos les dice, que no tiene buenas costumbres. La lógica es ésta de aquéllos que tienen interés en probar que somos brutos. Nosotros no necesitamos más civilización que la que tenemos y con la cual nos sentimos siempre más felices que ellos, los huincas. El huinca empero necesita una civilización especial en provecho de la insaciabilidad de sus aspiraciones.—¡Oh mancebo! presta tú tus brazos siempre para mantener lejos de aquí á aquellas gentes del norte que por sacar provecho de nosotros y de nuestro país, dicen que sus costumbres son más propicias para la adquisición de la felicidad, y pretenden por vía de compasión inculcarnos sus costumbres, sus leyes é instituciones, su modo de pensar y sus dioses, disfrazando de este modo sus insidiosas pretensiones que de fuente tienen la codicia, la inquietud, el hambre y la manía de subversión. ¡Ay! vosotros, huincas obcecados, que nos tenéis por ignorantes, porque no es nuestro saber vuestro saber, que nos tenéis por supersticiosos, porque las pocas supersticiones de nuestra gente difieren de las muchas supersticiones que las mentes de vuestros pueblos han forjado, que nos creéis faltos de honor y de virtudes, sólo porque á vosotros muchas de nuestras virtudes y los sentimientos nuestros de honor os faltan—consideradlo bien: no somos nosotros á quienes felicidad falta. Vivimos nosotros contentos en nuestros valles y nos sentimos felices con lo que poseemos; no así vosotros; un prurito morboso é insaciable, os niega la quietud y por consiguiente os niega la felicidad. Los de Arauco no necesitan al forastero para ser felices; se contentan con lo que su país les da; pero el huinca está poseído de la vana, morbífica creencia de que le es preciso poseer á Arauco para colmarse de felicidad en sentido incásico. No son pues

nuestras instituciones y costumbres las que compasión merecen, ya que contentamiento saben deparar; pero si sois dignos de compasión vosotros que estáis oprimidos y superditados por la vana preocupación de que sólo raudales de riquezas y raudales de conocimientos pudieran dar felicidad al hombre.—;Oh incas desventurados! ¿No es vuestro Dios el oro? Al oro construís altares y exigís servil adoración al oro de vuestros súbditos, fomentando en ellos la codicia y todas las malélicas pasiones del alma que hijas de éstas son. Nuestros ideales empero, que en Pillán se aúnan, son las más bellas virtudes que satisfacción dan al cuerpo y al alma. Y estos ideales, que nuestro norte y nuestros ángeles tutelares son, son los que de nosotros hacen hombres idóneos para gozar de los bellos dones de la paz y para repelar en caso necesario á forasteros que su felicidad á buscar vienen en el perturbar el diáfano cielo de nuestra bienaventuranza.—;Ah joven! conténtate tú con ser uno de los salvajes de Arauco, para quienes es también honrar á Dios el ser virtuoso; quédate un salvaje araucano que no se vale de sus creencias como de una arma para conseguir planes falaces; queda un salvaje chileno que sabe defender contra codiciosas pretensiones la integridad de su patria, á la cual ama, su hogar que le da sustento, sus costumbres y habilidades que le dan vigor y contentamiento, y sus dioses, que las personificaciones son de la fuerza activa de la naturaleza y que todas juntas hacen á nuestro buen Dios, á Pillán; queda un salvaje chileno que no busca su propia salvación y dicha en la desdicha ajena. No obedezcas tú jamás á otras leyes que las que Arauco tiene. Podrá haber país que tenga leyes mejor delineadas que las nuestras; pero no está la primacía de un país en la suma perfección de sus leyes, sino que está esa preponderancia en la suma perfección del obedecimiento y acato á las leyes existentes. Para engrandecer á tu patria, obedece pues á las instituciones y prácticas que tenemos, y no te querelles de lo malo que en ella encontrar pudieres, mas regocíjate de lo bueno que ella te proporciona. Confía en Pillán, que todo lo bueno personifica y todo lo gobierna, y jamás ante extraña planta podrás humillarte.

Tulcomara. Escuchándote con avidez aquí me tienes. Mas por Arauco de Lanquén nos estamos olvidando.

Mareg. Llegaban ya sin obstáculo alguno hasta el Butanlebu las fuerzas del inca Huaina Cápac, el orgulloso hijo de Tupac Yupanqui, cuando se formaron dos distintas opiniones en-

tre los pobladores de Arauco. Opinaban unos, que era necesario emprender una guerra á muerte contra los invasores, mientras que la otra facción, aterrorizándose ante la expectativa de un derrame de sangre humana, determinó evacuar el terreno de Arauco, para que con la posesión de éste se sacie la codicia del inca. Firmes ya en su propósito, todos los que como éstos opinaban, abandonaron las regiones boreales de nuestra patria y se encaminaron hacia el sur, hasta llegar á este lago, en una de cuyas islas se fundó la grande villa que ante nuestros ojos tenemos y que todos los pueblos de Chile llaman hoy día la encantada ciudad. Aquí se llevó de todo Arauco ese metal por los incas codiciado; y con él ves cubiertas todas las casas, haciendo su brillo deslumbrador hermoso contraste con las plantas y flores que á cada habitación circundan. Construyéronse fuertes vallas en las márgenes de la isla, para que de fácil defensa sirvieran contra importunos agresores. Felices y contentos con su suerte encuentras aquí á todos los habitantes; sólo un pesar nos aflige, que es el de estar tan lejos de nuestros hermanos y de no poder hacer nada por la libertad de Arauco. Ojalá que cada butalmapu hiciera lo que nosotros hicimos. Sin baluartes artificiales será imposible detener á los invasores incásicos. Es necesario, que cada batalmapu levante una ciudad como nosotros lo hicimos.

Tulcomara. No sucederá eso; pues en hablándoles de la Ciudad Encantada, horribles imprecaciones se desprenden de sus labios contra vosotros, á quienes nombran «sepultados vivos.» Para la imaginación de ellos es imposible que se avenga el bienestar de un pueblo con el vivir en ciudades. Creo que en cuanto á acorralarse en una aglomeración de casas, jamás os imitarán.

Mareg. Quédense ellos con sus preocupaciones y quedémonos nosotros con nuestra Ciudad Encantada; engrandezcámosla, enriquezcámosla y fortalezcámosla, para que todo chileno del norte, que en lo futuro de la salvación de su patria la esperanza pierda, encuentre aquí un sitio cobijado para lamentarse de sus desgracias.—Tulcomara, cual rígido alud despréndese en nuestros lindes boreales una falange formidable de enemigos; cual enjambre de abejas que contra el alevé agresor que su colmena allana, se defiende, se defenderán los de Chile; más aludes y otras más caerán sobre Arauco, luchas sangrientas se sucederán sin fin, y como el Butanlebu, que caudaloso y formidable atraviesa las campiñas del más extenso de nuestros valles, cual manso arroyuelo se desliza

en seguida sin siquiera chocar con las olas del grande océano que el seguir adelante le impide, así también Arauco: hoy respetado y temido por su valor, mofa y ludibrio llegará á ser de los hijos de sus vencedores, y lo que valor había sido, pertinacia imponderable vendrá á ser. De Arauco el pueblo viril, cual las agnas del Butanlebu en el mar, se perderá en otro mar que es el mundo. Pero quedará la Ciudad Encantada, sobrevivirá ésta á toda emergencia. Mantendráse vivo en ella el amor por la patria chilena y por sus dioses; y cuando todo Chile, exceptuando á Lauquén, haya sucumbido ya á los golpes del martirizador, cual majestuoso pehuén que después de haber desafiado á las tormentas y hachazos continuos del leñador que alevosamente su tronco debilita, sucumbe, entonces aquí germinarán todas las virtudes de los hijos de Arauco y extenderán paulatinamente sus ramas fructíferas por todo el país, admitiendo que todo lo bueno se entrelace con ellas, cual nuestros gigantes pehuenes, los símbolos de la fuerza y lealtad chilenas, permiten que en sus troncos se encaramé la cariñosa enredadera á la cual debe su existencia la más primorosa entre las flores de Chile, el purpúreo copihue. Pero ahogaránse los vicios y la maleficencia á la sombra de las bellas enramadas que se irán formando. La nueva generación que saldrá de esa aleación de primitivos pobladores de nuestra patria y los forasteros que en Chile se habrán arraigado, no será empero menos valiente ni menos adicto á su patria que los que por Arauco cual mártires murieron. Y sabrá ese nuevo linaje, escarmentado con la suerte de sus antecesores, defender sus puertas con mejor éxito que lo supo el incanto, en insidias inexperto araucano. Mas para que todo esto pueda suceder, es menester que aquí reemplace al ya cano ulmén Mareguano un fuerte brazo juvenil.

Tulcomara. ¿Y no lo encontraste aún?

Mareg. En estos momentos acabo de dar con él.

Tulcomara. Llévame á él, para que también le dé mis parabienes.

Mareg. Para ese fin no es menester que de aquí nos alejemos. Si saludarle quieres, has de saludarte tú á tí mismo.

Tulcomara. A mí. No te comprendo.

Mareg. Tú eres, de quien los dioses los pasos á esta ciudad dirigieron, para que sucesor mío te hicieras.

Tulcomara. ¿Yo, dices, yo seré ulmén de la Ciudad Encantada? ¿Yo delador de los que en armas contra ella pretendieren alzarse? Tendría pues razón aquella niña, á quien cupo trastornar con vehemencia todo mi sér.

Mareg. Lo que acabas de narrarme y lo que te ha acontecido al llegar aquí, es la contraseña que, un huecubu mediante, Pillán me ha dado, para que reconociera á mi sucesor.

Tulcomara. ¿Y mi entrevista con esa doncella también entra en ese oráculo?

Mareg. Se había presagiado también ese encuentro tuyo con Tegualda, mi hija.

Tulcomara. Tegualda mía. Los dioses me la prometieron, ¿y tú me la niegas por ventura?

Mareg. No. Tegualda sea tuya. Te la doy, mas no sin cierta condición, propuesta por Pillán, para probar tu ánimo.

Tulcomara. Dime esa condición. No puede el aceptarla ser más infausto que vivir sin Tegualda.

Mareg. Prometerás antes que Tegualda se te adjudicare, amarla siempre sin falsedad ni celos. Ella jamás te dará motivo para que puedas recelar de su fidelidad conyugal, y si los tentadores alcanzaren á embelesarla, en el postrer momento los dioses acudirán á protegerla. ¿Aceptas?

Tulcomara. Acepto.

Mareg. Dame la mano. Tuya sea pues Tegualda, y á la vez que te la entrego, te prevengo, que al cumplimiento de tu juramento han unido los dioses la suerte de esta villa, por manera que si no te muestras perjuro, ella existirá mientras tú vivieres y los tuyos. Mas si el nuevo ulmén faltare á su promesa, con él desaparecerá también de la tierra la ciudad ajada por el mismo ulmén.

Tulcomara. Aunque no fuere tan duro el castigo, verás que sé cumplir con lo que prometo. Mas he de advertirte aún, que no poseo caudales para pagarte la preciosa mercancía que en tu hija me cedas.

Mareg. Es por eso que tu matrimonio no se celebrará merced á una paga sino por medio de un raptó. Y es forzoso que mañana al despuntar el día me arrebatas á mi hija.

Tulcomara. ¿Mañana mismo? y no sé, donde ella suele presentarse en el bosque, ni tengo amigos aquí, donde como enemigo penetré, que pudieran ayudarme en ese raptó.

Mareg. En eso no me es dable aconsejarte. Es del novio el buscarse buen camino para alcanzar sus fines.

ESCENA VII.

Los anteriores. *Entran tres doncellas con los objetos que á continuación se nombrarán.*

Mareg. ¡Ah! Os ha advertido Colca, según le pedí que lo hiciera.

Llegáis á tiempo. Aguarda, Tulcomara. Acércate y recibe de mis manos los atributos que te acrediten ulmén de Lauquén. Esta hacha refulgente, de duro metal labrada y de piedras preciosas incrustada, el toqui es llamada, insignia del mando supremo de estos distritos. Consévala inmaculada mientras con poder te veas. No la entregues al enemigo en cuanto con vida te vieres. Del enello te la cuelgo en cordel tricolor, confeccionado del finísimo hilo con que el gusano de seda de los rios Rapel y Mataquito su aposento teje, en que de su estado de crisálida pasa á bella y ligera mariposa.— Esta manta que en los hombros te pongo, estímalas en mucho. Ostenta ella lo más bello que Chile produce adoptable para el atavío, para pompas exteriores, indispensables en ciertas circunstancias. Esta parte el flamenco la suministró, la garza esta otra, pintada en parte con el purpúreo color que fabrica cierto marisco. Del picafior, del cisne y martín pescador las pieles aquí ves reunidas, para que formen marco al centro de esta vestidura, hecha de las pieles de la vicuña y de la mansa chinchilla.—Este trarilonco, de seda confeccionado, de hilo de oro, de piedras deslumbrantes y coleópteros que en oro engastados el brillo del sol y del arco iris reflejan, tu frente ciña todas las veces que en sus fiestas á tu pueblo te presentes.—Y estos trastos, un plato y una copa, de trasparente cristal de roca andino labrados, para la comida y la bebida te servirán en ocasiones que públicamente de mucho fausto exigieren. (*Se oye á lo lejos una grande griteria y ruido de armas que por instantes va creciendo.*)

Tulcom. ¿Qué ruido es que aquí nos llega?

Mareg. Los guerreros son que á saludar vienen al nuevo ulmén.

ESCENA VIII.

Los anteriores. Guerreros llenan el escenario.

Mareg. (*Dirigiéndose á éstos*). Reconoced á vuestro nuevo amo. Acatad sus mandatos y obedecedle, que do el honor y la patria lo requirieren, ahí siempre veréisle desplegar su actividad.

Los guerreros.

¡Así sea, así sea! (*Cantan*):

Al campo salgamos, do vale el valor,
Las armas blandiendo de Chile en honor.

De libertad va por los ámbitos
De Chile recorriendo la dulce voz.

Nos vemos unidos por vínculo tenaz,
Ya sea en las lides, ya sea en la paz,
Los pechos nuestros en amor filial
Anhelan hoy ferviente acción marcial.

¡Que viva el jefe, valiente general!
Alegres seguimos su vía triunfal.
A cruenta lid llevándonos está,
Gloriosos á la patria nos volverá.

Tulcom. La condescendencia que demostráis para conmigo, os la agradezco con todo mi corazón. Me entrego pues, corroborado por vuestros nobles sentimientos, á los brazos del Dios marcial; mas antes que así yo lo haga, para mí dulce apremio es el entregarme primero á los seductores brazos del amor. A ellos me dirijo y pronto á vuestro lado tornaréis á verme. ¡Viva Chile! pero antes viva el amor!—(*Vése*).

Uno. El así diga; mas para nosotros viva primero la patria y por ella el amor.

Todos. ¡Viva Chile y viva el amor!



ACTO II.

Una fuente rodeada de peñascos, árboles, matas y flores.

ESCENA I.

Hueñuyún (en traje de aldeana.)

¡Oh padre celestial! ¿Adónde llego? ¿Adónde el obedecerte me llevó? Mas tú lo pides, y aquí me quedo. Es horrorosa esta semioscuridad que me circunda. La aborrezco. Es ella el manto encubridor de la maleficencia.—El fatídico graznar del buho percibo, que, no hartado aún de su sanguinaria obra nocturna, anhelante aun se muestra de dar la muerte á una inocente avecilla que, incanta en una rama reposando, esperando está á que el primer rayo de la aurora la despierte, para que ella con su vivacidad y sus canciones contribuya á dar nueva vida al universo.—Crujen ramas. Un culpén. El también con matar á otros seres animados solamente puede sustentar su vida. Tampoco él no conoce á mejores dones comederos que á la luz del día son para todos fáciles de obtener.—Es la noche encubridora y protectora de la prodición, la hipocresía artificiosa, de sanguinarias pasiones, de todo lo que de malo pueda concebir la mente y el instinto de conservación de ciertos animales, creados para ser los purificadores de las diferentes especies del reino animal. Mas de la claridad del día con su perenne compañero, el sol vivificador, cuan diferentes son los adeptos. Aman éstos el valor y la belleza, que sin sol no pueden subsistir; detestan la cobardía y el asechar al enemigo en tenebrosa emboscada, baten al contendor cara á cara y procuran vencerlo en honrada lid, y aman lo que es bueno, lo que enaltece el corazón.—Siempre todo mi anhelo se ha cifrado en propagar los sentimientos del buen gusto y de la belleza entre los hijos de Arauco, mas hoy cometido mío es ejercer la hipocresía, el aparentar amor. Mas así lo dispuso Pillán, y yo, Hueñuyún, hija suya, que protege todo amor puro y sincero, he consentido en venirme acá á tentar á un mancebo.—Impotente me siento para el encargo que á disgusto mío acepté; mas Epunamún, que á los dioses y hombres de Chile de continuo combate, para que las fuerzas de ellos no relajen—considerando que la indolencia

enerva y mata, á la inversa del miedo y el terror, que fortalecen y exaltan—es hoy, ya que un enemigo exterior se nos presenta, amigo nuestro; él me ayudará. Confío pues en él y rezo fervorosamente: Salve, oh tú, gran Epunamún, Dios de aquella grande potencia insidiosa sin la cual nada de fuerte y bueno puede haber. Salve, oh Dios de las artimañas, rencillas y querellas, omnipotente fortificador de las virtudes físicas y morales. Oyeme y dignate prestarme tu valimiento, para que yo consiga ver á mis pies, cual zozobante amator á aquel mozo que á esta fuente se dirige. Préstame el antifaz del amor, para que yo salga vencedora en esta lid traicionera que inicié con aguardar á aquel mancebo. Y tú, oh joven, inexperto Tulcomara, novel gobernador de los destinos de Lauquén, acércate y sé examinado, si eres ó no digno del áureo trono que tan fácil acceso para tí tenía. Haz lo que pudieres para resistir á mis tentaciones y queda fiel á tus votos.—Ya está aquí. La aldeana será primero.

ESCENA II.

Hueñuyún. Tulcomara.

Tulcomara. Por vez segunda, mi bendita fuente, á tí me acerco. Sé hoy también mi fiel tutela, como lo fuiste, cuando el corazón de Tegualda ayer me entregaste.—¿Tegualda sola?—¿Qué veo!—¿Quién eres tú, que aquí á esta hora te presentas?

Hueñuyún. Gracolana soy, aldeana de los afueras de la ciudad; y si el objeto de mi venida igualmente quieres saber, también te lo diré.

Tulcomara. No es eso lo que me interesa saber. Dime más bien, si á Tegualda por aquí no viste.

Hueñuyún. ¿Tegualda? la hija del ulmén?

Tulcomara. Ella misma.

Hueñuyún. Según advierto, eres Tulcomara, el ulmén en cierne de estos distritos.

Tulcomara. ¿Y quién eres tú, que ya que saber parece á que aquí me vine, robándome estás el precioso tiempo. Creo que ando descaminado. ¿Hay por ventura en estas cercanías otra fuente igual á ésta?

Hueñuyún. Es ésta la vertiente que á tí te interesa. Pues aquí viene Tegualda á llevar el agua para el uso de su hogar. ¿Mas no ves que aun está la luna relumbrando?

Tulcomara. La veo. ¿Y qué relación puede tener la luna con el rapto de Tegualda?

Hueñuyín. ¿No lo sabes? Jamás Tegualda á la fuente viene, si la luna sus pasos alumbrar puede.

Tulcomara. ¿Qué oigo? ¿Traicionado yo acaso? ó tú quizás una impostora que mi dicha á deshojar viniste?

Hueñuyín. Te digo la verdad, oh Tulcomara. No viene jamás Tegualda acá, si la luna se ve, como te dije; no miento.

Tulcomara. ¿Y en qué relación sabes á Tegualda con la luna?

Hueñuyín. ¿El cuento no conoces de la infeliz Alequillén?

Tulcomara. Suena ese nombre de Alequillén por vez primera á mis oídos.

Hueñuyín. Oye pues. Ya concluidos los muros de esta villa, se dispuso, que un centinela estuviese de continuo alerta, para que no se acercara ningún enemigo á la punta extrema de la lengua térrea que desprendiéndose de los muros de Lauquén, hacia los Andes en el lago se interna. Sucedió empero, que el primero á quien tocara estar ahí de guardián, tuviera una amante domiciliada en la ribera opuesta. Fué pues Alequillén—éste era el nombre de la muchacha—en la primera noche de luna que alumbrara las vallas recién finalizadas de Lauquén, en débil canoa á ver al centinela Lepomande. Entró Lepomande al barquichuelo, y ambos amantes permanecieron ahí bogando y departiendo hasta que Pillán, desazonado con la desobediencia del centinela y con la seductora Alequillén, hiciera zozobrar la frágil embarcación, poniendo en seguida á los dos, á Lepomande y Alequillén, en el centro del disco lunar, donde distintamente puedes verlos, siempre que el grande astro de la noche nos envía todo su resplandor. Desde ese día empero, en que Pillán hizo escarmiento en Lepomande y Alequillén, no es dable trabajar á la luz de la luna, haciendo con el mismo trabajo menosprecio de la mala ventura de los dos amantes.

Tulcomara. Más creo á la dulce voz de Tegualda que á tus risibles ocurrencias. Aléjate de aquí, que tu aliento será lo que á la distancia mantiene á Tegualda. Aquí esperaré á mi felicidad, y de aquí me llevaré á mi bien, á mi buena estrella, que me guiará al través de mi vida, por más que verdad fuere lo que acabas de referirme. Que vean Alequillén y Lepomande que aun hay jóvenes que como ellos se aman, pese á todo el mundo; y lejos de resentirse ellos, se regocijarán al ver una pareja feliz que en recíproco amor rebosa.—Préstame, oh Gracolana, ese cántaro que en la mano tienes. Arrojando yo harta agua de esta fuente, más claro, más

puro y más límpido renacerá el líquido cristalino de estos peñascos. Préstame tu cántaro, que más clara la fuente, de cuya margen á Tegualda me robó, más acrisolada también será la vida que con Tegualda viviré. Préstame pues tu cántaro, bella niña, en homenaje de Tegualda.—¿No quieres?

Hueñuyín. No, que no en la luna, como á Lepomande, sino en la tierra verte quiero.

Tulcomara. Préstame tu cántaro, oh bella araucana, no me niegues este favor que te pido; invoco á tu belleza.

Hueñuyín. (*Aparte*). Parece fecundo el campo que he de cultivar (*A Tulcomara*). ¿Y no temes el castigo de Pillán?

Tulcomara. He de acabar la obra que inicié, y sobrevenga lo que quiera. Si Pillán me castiga, Tegualda sabrá hacerse digna del mismo castigo; y si un amor puro embellecer en realidad puede, un brillo tal dará la luna entonces, que hasta el benéfico sol de envidia se llenará al vernos.—Préstame tu cántaro, oh bella niña. Préstamelo por el amor que algún día debes de sentir en tu pecho virginal. Préstame tu cántaro, oh bella Gracolana.

Hueñuyín. ¿Y qué me das, si te lo cedo?

Tulcomara. Todo lo que pueda darte. Elige entre lo que no poseo, siendo triste verdad que nada más nombro mío que mi sér y mi simple nombre.

Hueñuyín. De amor exento no está mi corazón. Yo también amor siento avivar mis sentidos, rejuvenecer mi amor á la vida; y mi amor no puede ser correspondido. Amo sin esperanza de alcanzar el ideal de mi amor. Tal amor no comprendes tú.

Tulcomara. ¿Quién el dichoso objeto de tanto amor nombrarse puede? Dime, quien es; que apenas seré ulmén yo de Lauquén, haré desaparecer los obstáculos que te impiden llegar al alcance de tu ideal.

Hueñuyín. Jamás podré llamarle mío, si tú llegas á ser ulmén de Lauquén, esposo de Tegualda; pues el joven que á mí me interesa, cuyo sér me ha hechizado, eres tú, oh Tulcomara. Dame pues lo único que posees—dame tu sér y tu nombre.

Tulcomara. ¡Ay infeliz de mí! ¿Tanta ignominia sobre mí lanzas tú, envilecida forastera?—Aléjate, no inmutes con tu hábito ponzoñoso el puro ambiente que Tegualda aquí á respirar en breve obligada se verá.

Hueñuyín. ¿Forastera vil me llamas? No soy tal objeto. Diosa

soy. ¡Reconócame! (*Lanza de sí el disfraz y está de diosa. La punta de la lanza alumbra el escenario*).

Tulcomara. ¡Diosa tú! (*Con ironía y riéndose*). ¿Y tanto escarnio tienes para los dioses de Arauco? He oído nombrar á pueblos de cuyos dioses es primordial pasatiempo un vil concubinato; mas no son esos dioses araucanos. Mala consejera te fué la calentura que en tus venas se ha enseñoreado.

Hueñuyún. ¿Dudas acaso de que soy diosa yo? Reconoce pues las potencias que á mis órdenes están. (*Alarga el brazo. Relámpagos y truenos*).

Tulcomara. (*Con sarcasmo*). Es bello el espectáculo de transformaciones que me deparas. Siento solamente que no haya más espectadores para presenciarlo, que bien lo merecen tus artificios. (*Con ironía*). ¿Y no sabes más experimentos que á la vista deleitan? Harto los necesito, para que yo entre á los lazos que tú bella cazadora, dispusiste.

Hueñuyún. Puedo presentarte cuantos quieras. Elige tú.

Tulcomara. Siempre he oído decantar la beldad de Hueñuyún. Prevén tus aparatos misteriosos por manera que yo á ella en toda su majestad y pompa pueda contemplar, y te tendré en mucho.

Hueñuyún. Pides mucho. Mas sea tu voluntad. Hazte á un lado. (*Relámpagos y truenos. Tulcomara cae al suelo como aturcido. Canto tenue é ininteligible entre bastidores con acompañamiento de música. Detrás de un telón de gasa se ve en un aposento profusamente engalanado á Domuche rodeada de deidades femeninas*).—*Tulcomara,* levántate. A diosas querías ver. Ahí las tienes.

Tulcomara. (*Después de largo rato de muda contemplación*). ¿Es alucinación de mi cerebro, trastornado á fuerza de artificios misteriosos, lo que percibo? ¿O es aquello de algún hechizo el portentoso efecto?—¡Preciosa vista!—¡Oh! quien, arrobado por tales encantos dulces y armoniosos, una eternidad pudiera contemplar tal cuadro de felicidad, deleitosa conglomeración de beldades.—(*A pausas*). Las reconozco todas, una por una, todas las pasiones y virtudes del hombre, que ahí representadas están; las buenas y las malas.—En buena armonía veo aquí la satisfacción y la envidia, la cobardía y el valor, la venganza y el perdón, la ingratitude y el agradecimiento, pero todas hermosas, todas llenas de gracias, todas ávidas de enseñorearse en el pecho de nosotros los pobres mortales. Y en medio de todas, en áureo trono, de niños, que mariposas semejan, circundada y rebo-

sando en belleza y donaire, sobresale mi dulce patrona Domuche.—Te saludo extasiado, Domuche.—A tus brazos siempre triunfantes me encomiendo y te ruego, no me prives de tu favor y afecto.—A una empero echo de menos: sin su donosa hija está Domuche. Hueñuyún, la gentil niña del cielo hace falta en ese divino conjunto.

Hueñuyún. Desapareced y dejadme á mí este palenque.—(*Desaparece la visión y cesa el canto.*)—Yo soy Hueñuyún. Hueñuyún te pide, que no la desprecies.

Tulcomara. ¡Oh vil blasfemia! Tú no eres Hueñuyún, mientras así puedas hablarme. Hueñuyún no pretende deshacer los lazos del matrimonio, como tú te afanas en hacerlo, siendo única ocupación suya el juntar á los jóvenes, para que su madre Domuche los aúna. Los lazos con que Domuche á mí y á Tulcomara ha de unir, no pretenderá desmembrar Hueñuyún.

Domuche. Tegualda no te ama; si ella efectivamente sintiera amor por tí, ella no haría esperarte tanto.

Tulcomara. ¿Qué exteriorizaciones ésas son que de tus labios se desprenden? No las entendí claramente. Repítemelas.

Hueñuyún. No vendrá Tegualda, ya que muy entretenida está en su risueño aposento.

Tulcomara. Novicia en el arte mágico, según entiendo, eres, Gracolana. La cuerda dúctil, seducción llamada, tú la estiraste demasiado, y saltó. La irresolución que ya en mis venas empezaba á fomentar un campo propicio para tus pretensiones, tú misma torpemente la desvaneciste. No obstante me interesas, oh Gracolana. ¿Dirásme, si, en que quisieras ver de muy buen grado ocupada á Tegualda?

Hueñuyún. Tegualda no está sola.

Tulcomara. Glaura, su fiel compañera, estará como siempre á su lado.

Hueñuyún. En brazos del amor, oh Tulcomara, de tí burlándose está Tegualda.

Tulcomara. Todo el ambiente ya lo emponzoñaste, vil mujer, ¿y quieres aún emponzoñar mi pecho, por el solo hecho de que aun exento de ponzoña está? Hija ruin de Epunamún. Ya te comprendo. Mis caricias, tú las quieres, y para que no las prodigue yo á Tegualda, tú te afanas en alejarme de ella. Te engañaste, bruja. Erró su blanco el dardo que lanzaste. Alzar la mano contra tí, sería envilecerme. Quédate tú con tus palúdicas aspiraciones, que yo voime á tentar á Tegualda, así como por tí fui tentado yo. Lo haré para

que la constancia de Tegualda te anonade, te aniquile, te haga volver á las negras regiones de donde saliste. De tus imputaciones contra Tegualda, Tegualda será el juez, y fallada la cuestión á virtud de la inocencia de mi esposa, yo el alguacil seré que en ti á la agraviada parte justicia hará.

ESCENA III.

Hueñuyin sola.

Así también lo tengo yo por bien. Blasfemias tales regocijante. Sí. Repréndeme, cual á tus ojos lo merezco; pero no me agobian el alma, no me deprimen el corazón los denuestos tuyos.—He cumplido mi misión, cual Pillán lo exigió de mí.—¡Oh débil Tulcomara! A Tegualda fuiste á tentar. Y aunque ella no caiga en esa tentación á que tú la sometes, ya basta para que á ti te achaquen perjurio, el haber tú considerado ineludiblemente necesario tentar á Tegualda. Aprestaos, pues, oh compañeros, á buscaros un asilo fuera del pecho de los hijos de Arauco. Lauquén desaparecerá. Y es mejor también que desaparezca. Si esta maravillosa ciudad en manos de los huincas cayera, que en otros dioses creen, muy pronto se nos echaría al olvido con los ignominiosos artificios de arrebatarse á un pueblo el credo que la naturaleza le diera, y de apremiarle á aceptar otro que él no entiende, por no avenirse con sus costumbres y hábitos, ni con el suelo en que vive. Inmaculada no quedará la Ciudad Encantada, si no desaparece de la tierra, antes que el hálito de fanáticos convertidores incariables la toque. Si radiante sucumbe Lauquén, su resplandor el alimento será que nos tendrá con vida, que no nos hará desaparecer del corazón de los pocos que sobrevivirán la catástrofe, que de nosotros y de los fuertes araucanos contarán á los vencedores y á los descendientes de éstos durante todo los siglos que el sol alumbre estas regiones. Todas las generaciones que después poblarán á Chile, recordarán orgullosas la valentía y el fausto que en otros tiempos cupo á Chile. Y serán esa valentía y ese fausto el más bello ideal inmarcesible de los hijos de nuestra patria. Un ideal imperecedero que los enaltecerá, los hará subir grada á grada hasta el auge más encumbrado de la gloria que á los hombres les es dado alcanzar. Consigna sacrosanta de los de Chile será en los siglos venideros: O la victoria ó la muerte. Así habrá perennemente un Chile bello, fuer-

te é invicto, ya sea uno visible en la tierra ó tan sólo uno que existe en la imaginación—un Chile que no morirá jamás, mientras á los hombres queden fuerzas retentivas. Es para el vencido mayor gloria vivir con honor después de muerto en la memoria de las generaciones venideras, que vivir vida esclava al lado de sus propios vencedores.—Desaparecerá Arauco, y desaparecerán los corazones que morada vivificadora eran de nosotros, los dioses araucanos.—Sí, queridos hermanos, desapareceremos, pero no para siempre. Invadirán huestes forasteras las felices comarcas de Arauco, se regarán éstas por do quier con sangre humana, degenerarán los nuestros á fuerza de horripilantes atrocidades que en ellos se cometerán, é imperará en Chile perfidia, la venganza y talión. Será empero unos poco años solamente. Pues si bien el varón araucano jurará enemistad interminable á los conquistadores, no lo harán así las doncellas de Arauco; no se harán ellas las desentendidas para con las apiraciones amorosas de los forasteros. Nacerá de esa mezcla de mineral labrado y de uno burdo, no pulimentado aún, un nuevo mineral, un metal precioso, envuelto al principio en tosca escoria, una nueva raza con defectos varios, pero que con los continuos combates y rozamientos con otros, á que se verá obligada, se irá acrisolando, así como el fuego libra de la escoria al más bello de los metales, haciéndolo más sólido y más reluciente. En esas nuevas generaciones que en Chile se sucederán, prevalecerán los sentimientos inculcados por las madres: amarán á Chile y no á un país extraño que jamás han visto y que ni anhelan ver, y si por excepción llegaren á verle, lo estimarán en tanto, en cuanto lo merezca; pero no olvidarán jamás á su país natal por el extraño, no sobrepondrán éste á aquél; amarán las costumbres que de sus madres heredaron, y tornarán á amar á los dioses de Arauco, adorándolos sí bajo distintos nombres. —No te inmiscues, oh Pillán, en los combates que en Arauco se librarán. Todo ha de combatir en esta tierra, si vivir quiere fuerte; un pueblo que no ha menester precaverse de continuo contra enemigos forasteros, no puede ser siempre grande, está en vía de desaparecer de la tierra.—No impidas que mude también de hijos Arauco. No quiere el morador de estas comarcas salir de sus deslindes. Para que todas las tribus de esta faja de tierra lleguen á ser un pueblo grande y unido, es menester que una nación extranjera venga á ser el lazo para unirlos. Y á lo que un nuevo linaje, una sola tribu

chilena, un unido y de progreso anhelante Chile exista, á éste inclínate, oh Pillán, protégelo y condúcelo paulatinamente á la felicidad. Hazlo feliz, para que sus hijos con raudales de bienes físicos y morales vengan á ser tan felices y contentos y tan estimados del extranjero como hoy día lo son los hijos de Arauco. Haz de Chile un país poblado de gente laboriosa y honesta, de carácter elevado y tranquilo y de buenas costumbres, un país, en que todos están poseídos de un amor inmarcesible hacia su patria y sus dioses. Mas no ayudes aquí á combatir, oh Pillán, gran Dios de los araucanos; desaloja los pechos de los de Arauco, retírate á los volcanes de los Andes, para hacer allí un largo sueño, que dure hasta que el júbilo, causado por la primera victoria, por toda la nueva generación chilena unida ganada sobre un aleve forastero que pretendía avasallarla, resuene desde las rígidas regiones australes hasta los cálidos salobresales en nuestro límite boreal.— Cuando de todo Chile cantado un mismo himno bélico en las murallas chilenas del oriente retumbe, cuando ya no hayan tribus chilenas, pero sí una única tribu chilena, ese día descende de tu elevada mansión, oh Pillán, y vuelve á entrar triunfante á tus habitaciones primitivas, á los corazones de todos los que en Chile nacieron. Y aunque desconocido de ellos, tú serás siempre protector de este país, te sentirás amado y adorado, cuando ellos estimen á sus compatriotas y amen y adoren á su patria, á su Chile.—Adiós, mi selva predilecta, en donde tantas veces proferir oí mi nombre de amantes labios. Adiós vosotros los sitios todos en que tan frecuentemente he ayudado anudar el dulce lazo del amor. Adiós Lauquén, la encantada ciudad de Chile; por vez postrera se deleita mi vista extasiada al contemplarte. ¡Qué pompa, que ostentoso fausto, cuanta virtud, cuanta bondad y cuanto regocijo—todo—todo súbitamente destruido, sepultado en las simas de las aguas! Oh qué pesar inmenso, qué profundo dolor! Mas así ha de ser, y resignado, con enjutos ojos empero, os digo conmovida mi último adiós. Vivid sin mí grandes y bellos en vuestro lecho acuoso; que todo lo bello, lo bueno y hermoso ha de morir en el instante mismo de su mayor brillo, si quiere no morir jamás, si durante los evos quiere vivir.—Vamos á dormir, Lauquén. Llegó la hora; y durmamos tranquilos, hasta que el amor patrio de un nuevo poderoso, orgulloso y bello Chile, libre de todo tósigo material, y espiritual nos despierte con un dulce ósculo filial, á nosotros, los dioses del sueño, y á tí, mi querida Lauquén, del olvido. (*Cae el telón.*)

ACTO III.

Campaña. Una fuente en el fondo.

ESCENA I.

(Tegualda sentada en una piedra junto á la fuente; á poca distancia de ella, en segundo término, varias niñas con estacas, cañas, piedras, hondas y husos).

Tegualda. *(Descansando la cabeza sobre un brazo que se apoya en una de sus rodillas.)* No viene. ¿Me habrá embelecado? ¿Toda la alegría que en las primeras horas de este día yo experimentaba, no será quizá en su fondo más que alguna obra maliciosa, una alucinación producida en mi mente por el depravado Epunamún? Tú, Tulcomara, no me engañas. Son las beldades de tu genio las que embebecida me tienen. Esas tus hermosas prendas no han sido estudiadas, aunque puede ser falaz é insidioso el objeto que con ellas otros pudieren pretender alcanzar. Tú, mi Tulcomara, no mientes. Por más que otros contigo ofuscarme y engañarme pudieren; á tus brazos me arrojó; en tí me fío, haz de mí lo que quieras; aquí te aguardo, para que de mí tu siervo hagas. —Glaura!

Glaura. ¿Mi ama está triste y meditabunda?

Tegualda. *(Incorporándose.)* Ven á mi lado. Este estar esperando me anonada, me desespera. En un sueño que tuve, los dioses me insinuaron, que Tulcomara me amaba. Dí, ¿podrán?—dí—díme, Glaura—dí—¿podrán los dioses engañar á sus protegidos?

Glaura. No todos los sueños son sugerencias de los dioses. Más veces que nuestro buen Pillán, Epunamún nos perturba el espíritu, mientras dormimos, pues así cree que tendrán mejor éxito sus perversos planes. Pero no cabe en mi mente que Epunamún hubiera podido tener influjo en Tulcomara.

Tegualda. Ya el sol, de dorados rayos circundado, muestra su disco deslumbrador al través del ramaje y todavía no se muestra él, quien al rayar el alba ya quería haberme sacado de las manos de mis robustas defensoras. Vino el sol, Glaura, y no vino Tulcomara. Amé siempre al bello astro diurno, que vida da á todos los seres, que engendra y hace medrar

las bellas cualidades del alma; pero más que al sol, no te asusten mis blasfemias, más que al sol, oh Glaura, amo á otro sér bienhechor, amo á Tulcomara. Oh Glaura, mi anciana Glaura, aquí quise aguardar á mi raptor, quería abrazarle aquí, así Glaura, así: un abrazo, un beso, beso y abrazo, abrazo y beso en continua alteración. Ah Glaura, el pensamiento tan sólo ya me hace la más feliz de los vivientes. Pero todo bien que experimentamos, es un precursor solamente de algo desagradable que se nos acerca.

Glaura. No, Tegualda, no estoy en eso de acuerdo contigo. En el bien, digo, alegrémonos del bien y en la desgracia nos fortalezca la esperanza de que el bien tendrá siempre que venir en pos de la desdicha, así como siempre el sol ha de volver á presentárenos, por más tormentuosa é inclemente la atmósfera se nos muestre.

Tegualda. Calla, Glaura, no quiero tus consejos.—Lanzad sobre mí vuestras armas hirientes, oh doncellas, desencadenad, oh dioses, todas las potencias destructoras de la naturaleza sobre mí, mas hacedlo en los brazos de Tulcomara; allí martirizadme, matadme, que ese martirio precursor de la muerte será que á la florida senda de mi vida á perdurable regocijo á encaminar pretende.

Glaura. ¡Tegualda, qué horribles exteriorizaciones! ¡Qué voces horripilantes se desprenden de tus labios hoy. No prosigas en esos conceptos. Dulces cantos, alegres voces y palabras cariñosas, y de vez en cuando una lágrima, que hacía aún más bello tu rostro, cual un breve agnacero embellece aún más la naturaleza, eso es lo que de tí sólo se oía, lo que en tu semblante risueño se veía, ¿y hoy esas voces erisipelantes, esa tétrica mirada? No, mi Tegualda, así no te quiero. Sacude el peso que te agobia, y vuelve á ser mi Tegualda de siempre.

Tegualda. No quieres que tu mente vague por la misma senda que mi alma en vagar se regocija. Glaura, Glaura, estás trabajando en mi contra. Todo me abandona.

Glaura. Consolarte quiero, mi Tegualda. Esfuérzate á parecer alegre y lo estarás.

Tegualda. Único consuelo para mí son las palabras: Tulcomara se acerca. Dí, Glaura, ¿vienes en realidad á prestarme dulce consuelo?

Glaura. Escúchame. Préstame atentos tus oídos un solo momento.

Tegualda. Calla más bien. No acrecientes el dolor que entre las sienes siento, con largas explicaciones que no pueden pres-

tar el alivio que hoy necesito. Mira en torno nuestro; toda la naturaleza ha cesado de descansar. Al pejezuelo que sin temor en esta clara agua reposaba; al pajarillo, que sin cuidado en esas ramas se mece; las florecillas aquí á nuestros pies, que fuertemente durante la noche mantenían cerrados su cálices; á la labriega que ahí á lo lejos á los campos ves salir; á todos ha llamado á una nueva vida el primer rayo del sol que desde largos ratos hiriendo está las doradas cúpulas de Lanquén. Todo está en movimiento, todo en el trabajo se alegra de su vida, y yo tan sólo estoy aquí holgazaneando, perdiendo el tiempo en aguardar á mi esposo. —¿A quién?—¿Ah terrible sugestión? No, Glaura; dí, que no. Tulcomara no me abandonará. Dí no, Glaura. Dí, pues, dí. Oh, no me mates con tu silencio. Glaura, dí no.

Glaura. No, pues. Vaya, no, para complacerte. Pero escúchame al fin. ¿A Colca conoces, el inquilino del Trancura? ¿Sí? Pero no llama tu atención lo que diciendo estoy.

Tegualda. Sí, oigo, prosigue.

Glaura. Colca acaba de pasar por aquí, antes que tú me llamas á tu lado, y pude hablarle unos pocos instantes. Venía él de los afueras del otro lado del Toltén y dijo que había visto encaminarse á un forastero hacia la fuente que allí de un peñasco brota.

Tegualda. No fué Tulcomara.

Glaura. No parece imposible que lo haya sido. Lleno el corazón con el amor por tí, no habrá puesto atención, cuando las señas de esta fuente le dieron, y equivocadamente ha tomado un camino opuesto al que debía de elegir.

Tegualda. Prosigue, sigue.

Glaura. Mandé pues á Colca al mismo sitio, donde él al forastero había visto, y le encargué de averiguar, si era Tulcomara, y que, en siendo, le hiciera presente su error.

Tegualda. ¿El mismo Colca que con sus amores me viene tiempo há importunando?

Glaura. El mismo, pero su amor por tí le manda hacer todo bien por tí.

Tegualda. Gracias, Glaura, que así procediste. Hoy es demasiado tarde ya para la consecución del objeto que aquí nos trajo. Idos, fieles compañeras, que es intempestiva ya la defensa vuestra. Espero veros otra vez aquí en hora menos aciaga. Idos, que pronto os seguiré.—Tú, Glaura, también aléjate. Déjame sola unos breves instantes, que luego te seguiré á nuestra habitación.

Glaura. Más bien contigo me quedaría; te obedezco empero, convencida de que no tardarás en seguirme. (*Váse.*)

ESCENA III.

Tegualda sola.

¿Y por qué no la sigo? Una potencia invisible parece retenerme, aconsejarme que me quede; otra me compele á huir de este sitio, á salir al encuentro de Tulcomara. ¿A cuál de las dos obedezco? A la que á los brazos de Tulcomara pretende arrojarme—á ésta sigo. (*Vase*).

ESCENA IV.

(Pasa un joven corriendo, llevando una doncella en los brazos. Siguele una multitud de mujeres y niñas, armadas del mismo modo que las de la primera escena de este acto; todas gritando y formando una confusa jarana, distinguiéndose las exclamaciones):

¡Retenedlos! ¡Atajen! ¡Atajen! ¡Alcanzad al raptor?
¡Quitadle la doncella! ¡Atajen! ¡Devolvédsela á los padres!
¡Que no se la lleve! ¡Corramos! ¡Alcánzalos, Clenclén; no
mengües con tus hechos el nombre que llevas! ¡Ya los alcanzamos!
¡La macana y la maza, aplicadlas á los hombros del fugitivo!—(*Apenas pasaron, entra Tulcomara*).

ESCENA V.

Tulcomara.

Feliz pareja, sea Domuche contigo. Te envidio. La envidia que siento hacia tí, séate débil prueba de la realidad de tu bienaventuranza.—¿Cuánto es verdad que la intensidad de la dicha se avalúa por el número de envidiosos enemigos, que al dichoso, que por feliz sabe tenerse, rodean, asechan y á talar pretenden. Soy infeliz, pues es verdad que no tengo ni envidiadores ni enemigos, ya que ni dicha tengo ni amigos. Hubo sí, pocos instantes hace, un breve rato en que me creía feliz, el más colmado de felicidad en todo el mundo. Mas fué la felicidad que yo en mí sentía, tan magna, tan potente que yo muy débil era para retenerla. A una fuente fuí, querencia del amor, á coronar mi dicha con inmarcesible azahar; pero no la coroné, nó; no pudo ser; me hubiera sofocado tanta felicidad. Me ví burlado, se trastornaron en mí las pasiones. Se enfriaron unas y se

encendieron otras. Pero no está aún concluido ese cambio dentro de mi pecho. Hay combate todavía aquí, aquí (*golpeándose el pecho*), y yo soy indolente espectador de los combatientes que nacieron de semilla que aquí sembrara aquella hechicera, que por Hueñuyún quería pasar. Fui por lana y sali trasquilado. Quise robar y me robaron. A esta fuente me aconsejaron venirme, y habria raptó. Vine á la fuente (*riéndose*) y hubo raptó; mas no fui raptor yo; fui simple espectador. Te agradezco tu buena voluntad, oh secular Mareguano; mas si á trabajo mejor me hubieras mandado, más dendor tuyo aun me sentiría.—Cansado estoy. En este poyo me siento.—¿A qué vine? ¿A querellarme? á meditar sobre la inestabilidad de las cosas de este mundo con amarga ironía? (*Se lecanta*). No, Tulcomara, no te cuadra este traje con que tu alma se revistió. ¡Alerta! Lanza de tí, oh corazón, la careta que te pusiste y quede sólo el disfraz que mi cuerpo lleva.—¿Me conocerá por ventura? El encuentro lo dirá.—¿Qué me decia el ulmén al concederme su hija? No recuerdo bien. (*Meditabundo*). Sí, así fué. Que me la daba, me dijo, si yo podía conservar el corazón mío libre de celos. ¿Pero son los celos acaso los que me indujeron á venir acá? No, yo estoy seguro de que Tegualda no ama sino á mí. Pero aquella difamación, proferida por la que diosa se nombraba, no puedo dejarla impune. Como juez imparcial, libre de preocupaciones en contra de una ú otra parte, he de tentar á Tegualda, la parte acusada aquí, antes que pueda condenar á la calumniadora. Certeza, nada más que certeza es lo que quiero. Es pues la incertidumbre y no los celos, lo que me apremia á hacer investigaciones en el palenque del amor. ¿Mas si aquella hechicera hubiera dicho la verdad? ¡Ah! entonces ya no habrá para mí en el mundo cosa digna de respetó; que se sumerja Lauquén, que estalle todo el mundo, ya que no tiene interes para mí. Entonces te mostraré, canoso ulmén, que al pecho de Tulcomara no cuadra sólo el amor, sino también el resentimiento sedicioso de talión y de venganza.—Son hermosas las campiñas de Arauco. Es este valle una joya de bienestar, felicidad y contentamiento. Semejan lagos tranquilos que blanda brisa hace undular ligeramente, los campos todos, que, ricos en pastos para los siervos irracionales del hombre y llenos de sembradios, sellos venerandos de la laboriosidad de sus dueños, á mi extasiada vista se ostentan. Son fértiles estos campos á fuerza de ríos caudalosos que los cruzan, y lagos que lucientes espejos pare-

cen ser de plata refulgente, á quien de marco sirven arbutos que, agobiados por el peso de primorosas flores, bañan de continuo la punta de sus ramas en el líquido que blandamente los empapa y refresca. Son los árboles de sus montes gigantes añosos, entorchados de plantas trepadoras, llenos unos de fruta comedera y otros de suma utilidad después de muertos, y todos llenos de vigor inquebrantable, cual lo percibo en la gente que acude á ellos en busca de regocijo y descanso después de duras faenas y divertidos ejercicios corporales que vigor dan al cuerpo y al espíritu. Y hermosos son los bosques de Arauco desde el soberbio Butanlebu y el salto maravilloso del Laja hasta las risueñas orillas del Toltén y el lago que á esta rica ciudad está bañando. Son las selvas araucanas una sala inmensa de millares de pequeños aposentos en que cantan y se llaman recíprocamente con canoros y dulces sonidos infinidad de ligeros huéspedes alados. Son nidos también las rucas en las cercanías de los ríos, fuentes y lagos de Arauco, perdidas en un mar de flores, hortalizas útiles y árboles frutales y llenas de una prole robusta, sana y alegre. Sí, son bellas las comarcas de Arauco, que dicha me prometieron, cuando llegué. Pero no, no pudo ser duradera esa felicidad; demasiado grande hubiera sido para mí tal dicha, felicidad tan magna. Y es fornida, gallarda y hermosa la gente de los butalmapus de Arauco; pero es la más hermosa la de Boroa, que aquí en esta ciudad se ha aglomerado. ¡Qué dicha hubiera sido para mí vivir entre ella! Pero no, no pudo ser; demasiado grande hubiera sido para mí tal dicha, felicidad tan magna. Y este lujo en la vestidura. Trajes se ven aquí de colores diversos, primorosos como no se ven más lucientes en las demás provincias de Chile. Y con rica pedrería, con oro y plata engalanadas las casas y sus pobladores. Y son joyas también las doncellas, y es la joya más lucida mi Tegalda. ¿Mía? No, no pudo ser; demasiado grande habría sido tal dicha para el pobre Tulcomara. No existe la Tegalda que yo me había figurado haber encontrado en Tegalda.

ESCENA VI.

Tulcomara. Entra Tegalda.

Tegalda. Aquí está. ¡Tulcomara! No es. ¿Quién eres tú?

Tulcomara. Gualebo me llaman entre los de las riberas del Traucura, y vengo enviado de un novel guerrero que en el camino encontré.

Tegualda. No atormentes á la hija del ulmén con dilatadas pláticas. Dí, ¿es Tulcomara quien te manda?

Tulcomara. Así me dijo, que se llamaba.

Tegualda. ¿En dónde le has visto? ¿Dónde está Tulcomara? ¿Te sigue por ventura, y está ya cerca de aquí? Se esconde quizá entre estas matas para sorprenderme, para robarme? ¡Hola, Glaura! Racloma! Guacolda! Guale! Acudid, acudid á defenderme, que Tulcomara viene á robarme.—Nadie viene, nadie oye. Sé pues tú, Gnalebo, mi fiel tutela, mi valiente defensor, el pavés de mi amor, el amigable y dulce enemigo de mi bien, de mi felicidad, de mi Tulcomara, de la infeliz Tegualda.

Tulcomara. No tengas cuidado. Tulcomara no vendrá tan pronto á este sitio. En tí está, Tegualda, el determinar, cuando quieras verlo.

Tegualda. Me martirizas con tus equívocas palabras, pétreo corazón, que desconoces el amor. Tú sabes, dónde está Tulcomara y rehusas decírmelo.

Tulcomara. En la selva que por el oriente de Lauquén se extiende, hay un florido claro á dos leguas del margen oriental de este lago. Es ese claro mi estancia favorita. Allí suelo pasar horas enteras contemplando el arte de la naturaleza, respirando el de millares de flores perfumado ambiente y, lejos de la vista de otros, bañando mi cuerpo en los rayos del sol ó descansando á la sombra de algún copado pehúen, después de haberme fatigado con recorrer los contornos en busca de alimento ú objetos que á la vista pudieran deleitar.

Tegualda. De tí no pretendí saber el pasatiempo tuyo. Saber el paradero de Tulcomara es lo que me interesa. ¿Qué dirección, dime, he de tomar para encontrarle?

Tulcomara. Escucha. Oye. No me interrumpas. Percibo súbitamente un grito desgarrador, y luego un profundo silencio. Me abalanzo hacia el sitio, de donde aquellos gritos venían, y me veo á poco rato al borde de una profunda pendiente. Miro abajo y veo un aposento iluminado con las diminutas linternas de millares de luciérnagas. La claridad que estos animalejos despedían, me permitió distinguir los objetos que allí había. Mas no pidas de mí, te describa minuciosamente ese mágico recinto de un huenu. Horrible era el aspecto que allí formaban sabandijas, lagartos, sierpes, alacranes y arañas gigantescas. Y en medio de toda esa mez-

colanza de bichos infernales ví á un hombre de esta villa.

Tegualda. Valedme dioses, que los sentidos me faltan.

¡Tulcomara. Tulcomara! ¡Corramos! Corramos, Gualebo, á socorrerle.

Tulcomara. Tulcomara fué. Fué allí, donde me dijo, que así se llamaba, encomendándome, me fuera á la ciudad á avisar lo sucedido á Tegualda, hija esclarecida del.nlmén. Creo que tú eres Tegualda. A ti pues se dirige mi encargo.

Tegualda. Tegualda soy. Si, Gualebo, soy la infeliz Tegualda. Compadécete de mí, y corramos á la ciudad, á buscar escalas y cordeles. Ven, ven, Gualebo, corramos á socorrer á Tulcomara. Corramos; magnánima será la recompensa del.nlmén.

Tulcomara. Demasiado cansado estoy. Me es imposible seguirte desde luego.

Tegualda. Voime sola entonces.

Tulcomara. Pero si no sabes el sitio, adonde debes dirigirte.

Tegualda. Adelántate pues á mostrarme el camino.

Tulcomara. No puedo, no me lo permite el cansancio.

Tegualda. ¿No puedes dices? ¡Ay! que irá á ser muy tarde.—Será porque no quieres. No el cansancio es, quien te impide hacer el bien, sino tu mala voluntad, que husmeando estoy. Considera, que soy Tegualda, hija de Mareguano. No me apremies á llamar en mi favor á mi padre.

Tulcomara. Castigadme, martirizadme,, amenazadme con matarme, mis labios no os satisfarán. Pero considera tú también, á que martirios está expuesto tu esposo entre sierpes entorcbadoras y sabandijas ponzoñosas que con acicalados dientes roen paulatinamente—ya que pequeños son sus bocados— las carnes de Tulcomara.

Tegualda. ¡Calla! ¡Calla! ¡Ay de mí! ¡Oh Pillán! ¿Ya cerraste tus oídos á las desgracias de Lanquén? ¿Es este hombre reflejo de tu amor trocado ya en la indiferencia con que nos amenazaste? ¿O pretendes hacer más intenso aún mi amor por Tulcomara, con hacerme afanosa su adquisición? ¿ó quieres quizá que no vuelva á verme en los brazos de mi esposo?

Tulcomara. Si eso quieres, no es menester el favor de los dioses. El cumplimiento de ese deseo está en tí. Concédeme un favor é incotinenti te verás en los brazos de Tulcomara.

Tegualda. Pide, pide lo que quieras, y te lo concederé.

Pide bienes, pide joyas, pide honores, pide todo lo que mio nombro, en rescate de mi bien, mi reposo, mi Tulcomara.

Tulcomara. Jura pues, que me concederás lo que te pida, para llevarte en seguida á los brazos de Tulcomara.

Tegualda. Pillán me oye; él castigará á quien de nosotros perjuro se trocare. Llamo pues á Pillán como testigo y te prometo concederte lo que me pidieres, si donde Tulcomara está, me llevas.

Tulcomara. Juraste. Los dioses te escucharon. Lo que de tí quiero, no te hará pobre á tí, pero sí hará de mí el más rico de los mortales. Dame un abrazo.

Tegualda. ¡Ah! qué voces! Cual si candientes piedras fueran, entran á mis oídos las palabras de este hombre! ¡Oh Pillán! considera que débil mujer soy. No concentres sobre mis hombros todas las desgracias que en el mundo se acumulan; cesa de atormentarme. Ya desfallezco. Valedme, oh dioses! Hneñuyún! Líbrame del poderío fascinador de este hombre.

Tulcomara. ¿Ayuda ajena quieres? No la creo necesaria. Haz de mí lo que quieras. Ninguna resistencia pondré á cuantos castigos tuvieres á bien otorgarme. Ahógame en esa fuente, si así te agrada; yo mismo sumergiré mi cabeza, hasta que tú tus propósitos hubieres alcanzado. Entiérrame vivo; ayudaré de buena voluntad cavar el hoyo respectivo, me pondré adentro yo mismo, y no tendrás más trabajo que taparme con la térrea capa que el aliento ha de quitarme. Pero al matarme, considera, que también matas á aquél á quien salvar debieras. No la muerte mía, mas la que en Tulcomara cometes, la vengarán los dioses.

Tegualda. Tulcomara, ya te socorro. (*Quiere irse; pero vuelve.*) Ven, sé mi amigo. Compadécete de las lágrimas de una mujer que ama. Baste de regocijos para tí, si regocijos viniste á buscar en el martirio mío. Vamos, vamos á salvarle, que ya demasiado tarde será tal vez. Ven, sígueme.

Tulcomara. Lo que exijo de tí, no te hace menos rica, y no obstante no quieres dármelo. No quieres cumplir con tu promesa. Perjura y homicida quieres ser, mas no amante novia, que para la consecución de su amado objeto no perdona ni los más onerosos arbitrios. Es proporcional la magnitud de tu delito á la fácil adquisición de los medios conducentes para evitarlo.

Tegualda. ¡Oh dioses! no puedo más. Colmaos de gozo; y colmate tú también, personificación de la perversidad, que ya fallazco á fuerza de vuestro comportamiento.

Tulcomara. Tú, Tegualda, hija del ulmén, perjura, homicida, fratricida, ¿no son magníficos estos atributos? ¡Que bien te cuadran! Sacrifica, sí, á tu esposo, mas no sacrifiques tu pertinacia en aras de la diosa Obstinación. Me voy pues,

He cumplido la orden que se me había dado; renuncio á la recompensa. Aléjome.

Tegualda. (*Siguiéndole*). Gualebo, Gualebo, ¿adónde vas? Te sigo. ¿Renuncias, dices, de tu denigrante exigencia? Te sigo agradecida y juro que pronto verás los efectos de mi agradecimiento para contigo. Corramos. Apresurémonos, aun estará con vida; y si muerto estuviere ya, con mis llantos lo volveré á la vida, á mi vida, á nuestra vida, á la bienaventurada vida de Tulcomara, de Tegualda y de tí, mi Gualebo. Vamos pues.

Tulcomara. Yo no, doncella. Bien conoces mis condiciones que á tu bien pueden llevarte.

Tegualda. Sea pues lo que me pides. Aquí mis brazos abiertos están. Arrójate á ellos.

Tulcomara. No, Tegualda; así con tétrica mirada, con ceño enojoso no te quiero. Yo quiero que me abrace con semblante risueño, que repose mi cabeza en tu seno y que toquen tus labios, que del copihue el color ostentan, estos labios míos que á la dicha llamándote están.

Tegualda. (*Con ironía*). ¡Ah! valiente guerrero. Buscas gloria, buscas deleite, donde no hay peligro. Bravo mozo. Pero he oído decir, que valor que ante una débil mujer se pavonea, se acobarda al hallarse en lances que algún peligro presenten. Quisiera saber, si es verdad, ¡Glaura! ¡Glaura!

Tulcomara. Es en vano tu clamoreo. Persuádetes de que nadie te oye. Mas ya me compadezco de tí: voy á minorar mis exigencias. No es lícito que la mujer directamente busque á los hombres; permite que yo te abrace, y te conduciré á aquella cueva infernal, domicilio nefando de bichos endemoniados. Pero carialegre quiero verte. Resuélvete pronto, mucho tiempo ya ha desperdiciado tu obstinación. ¿Quieres ó no que te abrace?

Tegualda. El coronamiento faltaba aún á lo que hasta aquí en mí obraste. Corona con la aureola conveniente á tu valiente comportamiento. Aquí me tienes, presa de tus insanos conatos. Haz de mí lo que puedas justificar ante el ideal, según el cual tú tu vida reglas. Con la sonrisa en los labios ve pues ante tí á una víctima que el golpe de gracia del verdugo aguarda.

Tulcomara. ¡Qué gracia, Tegualda! Y ese golpe de gracia que hermoso golpe de vista para mí. Ahora sí, Tegualda, que tú te presentas á mis ojos sin difraz; cúmpleme pues á mí dejar también á un lado el difraz que yo me puse, para convencerte. Te conocí, conóceme tú también.

Tegualda. ¡Tulcomara!

Tulcomara. Así me llamo. No pertubaron tus hermosas pasiones tus fuerzas retentivas.

Tegualda. ¡Ay de mí! Es demasiado. ¡Oh dioses! ¡Valedme! ¡Hueñuyún, Hueñuyún!

Tulcomara. ¡Ah! ruin mujer hipócrita! Quita. No me toques. Allí te arrojo. ¿Esta es la fidelidad que me juraste? Aquellos juramentos de amor no eran para mí solo; nó, eran para todos los varones. He oído decir que hay naciones, cuyos dioses tienen por pasatiempo primordial el adulterio. Será pues lícito éste también entre aquellos individuos que en la existencia de tales divinidades creen. Y tú estás por transformar las costumbres de Chile, introduciendo en ellas otras que también sus adeptos encontrarán. ¡Salve! oh Tegualda, gran reformadora de las costumbres de la Ciudad Encantada. Gozará Lauquén de honores que hasta ahora le eran desconocidos, y tú, la hija del ulmén, eres la eminente iniciadora, cuyo renombre repercutirá de siglo en siglo por toda una eternidad. Me arrodillo ante esa grandeza tuya. Bendita eres, oh grande Tegualda, la excelsa innovadora boroana, la primera favorita de Lauquén. Yo, simple araucano, no tengo tanta presunción de que ose apropiarme lo que á todos los varones de Lauquén pertenece. Reniego de tí, te abandono, reina del nuevo cielo que por crear estás. Lo hago empero con el pecho oprimido, pues creí un día que podría amarte.

Tegualda. (*Se arrastra hacia él.*) ¡Hueñuyún! Apíadate de mí.

Tulcomara. No me toques, criatura, que aquí por el suelo te arrastras. No invoques á los dioses de Arauco. Tal blasfemia no la consiento. Te apartaste de los hábitos de Chile con hacer gala de costumbres forasteras. Me aparto pues también de tí, que mi orgullo es ser chileno. Existirá en adelante profunda sima entre tú y yo, y cotidiana peroración mía será el pedir con fervor, que la venganza de Pillán caiga sobre tí.

Tegualda. (*Arrodillada.*) ¡Oh Tulcomara! Compasión te pido. Escúchame.

Tulcomara. (*Lanzándola de sí.*) ¡Aparta, vil callejera! No infectes con tus carnes deleznable la orla pura de mi vestidura! Maldita seas, execrable criatura, que con juramentos juega, cual niños con muñecos. De tí me vengará Hueñuyún, cuando á otros tus brazos vuelves á abrir. Compadeceré á todos los que en tus redes caigan, pero imprecaciones sin fin tendré para la araña que las tejió. Y si algún día llega-

res á sentirte arrepentida de tus cupídicas hazañas, sea entonces el arrepentimiento lo que te persiga sin cesar, que te niegue reposo, que te cierre la puerta de todo sér honrado. Maldigo á todo lo que te prometa paz, maldigo á todo que á tí me llevó, y me maldigo á mí mismo, por haberme confiado en tí en aciagos momentos. (*Váse*).

ESCENA VII.

Tegualda (arrodillada delante de un tronco de árbol, mostrándose al público de perfil.)

Hueñuyún,
Pavés de los amantes,
Hueñuyún,
Ven acá!
Estos velos sofocantes
Tu bondad los quitará.

Con tu alma juvenil
Por do quier amor has divulgado,
Tú conduces al amor desviado
Otra vez á buen carril.

Sé pues piadosa,
Mi celeste diosa,
Al arrepentido sér,
A quien, desterrado
Lejos del amado
Nadie quiere socorrer.

Sálvame, oh diosa pura,
Sálvame de tétrico baldón.
;Ay! deshaz la desventura
Deste mi amante corazón.

Donadme, dioses, hartos males,
Negadme paz y el reposo,
Mas que imprecaciones tales
No me separen del esposo.

Hueñuyún,
Pavés de los amantes,
Hueñuyún,
Ven acá.
Estos velos sofocantes
Tu bondad los quitará.

ESCENA VIII.

Tegualda. Hueñuyún.

Tegualda. (Irguiéndose). Ha cesado la presión aquí entre mis sienes. Libre me siento de azoramiento y congoja. Los dioses me han escuchado. Hueñuyún me salvará. Rebosa de agradecimiento mi pecho. ¿Y este perfume que percibo, de dónde viene? No lo exhalan las flores que en derredor de mí veo. Hueñuyún estará cerca de aquí. Aquí está ella. Tú eres Hueñuyún, de Pillán enviada para consolarme, para socorrerme. En viéndote, ya me siento consolada. Me humillo ante tí, oh benigna diosa, y te ruego con todo el fervor de un amante pecho: socórreme. Socorre á esta atribulada criatura, que Tegualda se llama.

Hueñuyún. A consolarte vengo, Tegualda. Oye. Según el mandato de Pillán, me acerqué pocos ratos há á Tulcomara, para examinarlo tocante al juramento que ha prestado ayer. Intenté primeramente por todos los medios naturales y sobrenaturales que á mi disposición estaban, pero él quedó fiel á su Tegualda. En seguida procuré despertar los celos en él, insinuando, que alguién te había visto en brazos de un varón que no era Tulcomara. Tulcomara no quiso prestar oídos á tales calumnias, que mal de mi grado tuve que inventar, pero no obstante se alejó él para llevarte en tentación, y ¡ay de nosotros! poco rato tan sólo has podido resistir á sus embestidas.

Tegualda. ¡Oh Tulcomara! Mi Tulcomara! Vuelve! Perdona! no he pecado, y si inconscientemente pequé, por tí ha sucedido. Yo también fui alucinada. No fué el pastor que me hubo embelesado, sino que fué la voz conocida y amada, que por vez segunda conmovió todos mis sentidos. Aquella voz me ha seducido, no el labrador desconocido, á obrar en favor de tí, mi Tulcomara.—Y Lanquén, dime Hueñuyún, la bella ciudad boroana, ¿se perderá ahora, ya que en el pecho de Tulcomara los celos han tenido cabida?

Hueñuyún. No me es dado responder á esta pregunta. Es cometido mio formar parejas y desbancar discordias que entre amantes pudieran sugerir. Y tú también volverás á verte con Tulcomara, si sigues el consejo que voy á darte.

Tegualda. La senda que tú para mis pies eligieres, la caminaré. No puede ella llevar á mal término. No, no puede ser sino bella y dulce esa senda, cual tú eres, oh piadosa Hueñuyún.

Hueñuyún. Así como Tulcomara ha querido seducirte á tí, así has de afanarte tú en seducir á él. Y si consigues inculparle de deslealtad, su ira se aplacará y vosotros, reconciliados, anudáis de nuevo los lazos que ayer habíais anudado para romperlos ya pocas horas después.

Tegualda. ¿Mas cómo, mi Hueñuyún, cómo podré acercarme á él? Si me ha maldecido. No me prestará oídos.

Hueñuyún. Ves que no vengo con las manos vacías. Esta caña que te traigo, tiene una virtud especial, que Epunamún ha puesto dentro de ella, y es que este dardo no yerra jamás su blanco y siempre, después de haber consumado la muerte, vuelve á las manos de quien lo lanzó. Tómalo, te servirá para fines especiales. Y este lio, recíbelo también. Contiene ropa y atavíos, para que con ellos engalanada, vayas á la puerta oriental de la ciudad. Hacia allí se encaminaba Tulcomara. Vete allá en habiéndote puesto estas vestiduras, y verás cumplido el más anhelado de tus deseos.

Tegualda. Confío en tí. Abunda mi corazón en sentimientos de gratitud para contigo. Mas no creo que podré fingir otra de la que soy.

Hueñuyún. Sigue mi consejo, y todo rematará en buen fin.
(*Váse*).

ESCENA IX.

Tegualda sola.

Gracias, gracias os doy infinitas veces, oh excelsos dioses, á quienes es imposible ver padecer á la inocencia. Vosotros me dais la esperanza de que Tulcomara será otra vez conmigo. Otra vez me queréis ver en sus brazos, los por mí queridos. ¡Oh qué regocijo! ¡Cuánta dicha! apenas cabe aquí en mi pecho. Tulcomara ya no me dejará abandonada. El volverá á amarme. Gracias, gracias sin cuento á tí, Hueñuyún. Tú me diste fuerza suficiente para concebir tu plan; dame también la suficiente para realizarlo.
(*Váse*).



ACTO IV.

En primer término un prado florido. En segundo término agua. En el fondo se ve un muro de Lauquén, por encima del cual se divisan suntuosos techos dorados de la ciudad. A la derecha un puente que da acceso á ésta.

ESCENA I.

Tulcomara.

Apacible recinto, en tu centro recíbime. Circúndeme tu fresco y puro ambiente, para que él me haga olvidar toda angustia, toda desazón que acabo de experimentar. Oh, quita de mi oprimido pecho todo desabrimiento que al pie de estos muros tuve que tomar sobre mí. Imbécil de mí, por haberme dejado traicionar de un vejete, quien en mí había creído poder tener un yerno dúctil. Para verme él con toda seguridad en sus falaces redes, vino en inventar esas condiciones que me impuso al concederme la mano de su hija. Que no me pusiera celoso, me pedía, por más vehemente que la conducta de su hija despertase en mí los celos. Ah viejo marrullero. Ya nos comprendemos. Sobre tí caiga la vindicta de los dioses, no sobre mí, que tú eres quien con los nombres de éstos á jugar osaste. Tú pretendes, que yo guarde quietud inalterable, mientras ella, que único amor me juraba, se apresura ya, apenas unido el lazo conyugal, á lanzarse á los brazos del primer varón desconocido que de amor le hablara.—Pero sucumbió acaso Tegualda?—¿Qué fué lo que Mareguano me había insinuado? (*Meditabundo*). «Y si los seductores alcanzaren á embeberla, en el postrer momento los dioses protegerán su inocencia?» Sí, así me dijo. ¿Pero dónde quedaron los dioses, oh Mareguano, cuando ella se entregó á mis brazos? Ve, pues, así me engañaste. Captarme has querido para tu hija, y así mentiste. No, anciano, tu hija no es púdica doncella como indicaste, es... Ojalá que algún hombre ó mujer por acá se asomaran, para que yo, con ellos placenteramente departiendo, al curso de mis pensamientos otra dirección dar pudiera. Según advierto, es este portal el menos frecuentado de Lauquén. Intérnome en la población; quizá encuentre allí más pronto lo que aquí según las apariencias en vano estoime aguardando.

ESCENA II.

Tulcomara. Un niño.

El niño. (Llorando). Mi corderito, mi manso hueque acaba de llevárselo un león. Ayúdame alcanzarlo. Tal vez logramos salvar mi hueque, si corremos.

Tulcomara. ¿Dónde mi niño? Vamos, préstame las armas que llevas.

El niño. Aquí tienes laques, una honda, piedras, arco y flechas.

Tulcomara. Pasa ligero y vámonos.

ESCENA III.

Tulcomara. El niño. Tegualda (vestida con todo primor.)

Tulcomara. ¡Hola! ¡Qué veo! Ya que me iba, viene lo que para mi entretenimiento buscaba. Oye, niño, á un animalito que está en bocas de un león, no se le puede ya salvar la vida. La lana del hueque sí te la salvaré y haré pagar al león con su propia vida la vida de tu corderito. Vete pues á encontrar el paradero del pagui, que yo pronto te seguiré con esa lanza que aquella doncella lleva. Qué más me entiendo con aquella arma que no con las que tú tienes.

El niño. Daré pues una vuelta por acá. Creo que en el cercano bosque se habrá escondido.

Tulcomara. Está bien, niño. Corre, que luego te seguiré. (*Salte el niño.*)

ESCENA IV.

Tulcomara. Tegualda.

Tulcomara. ¿Por qué tan de prisa? ¿Adónde te conduce tu camino?

Tegualda. A la ciudad, según te lo advierte esta senda que estoy pisando.

Tulcomara. ¿A saludar vas al nuevo ulmén quizá?

Tegualda. A eso voy.

Tulcomara. Es temprano aún. Espera algunos momentos, y te acompañaré.

Tegualda. No he menester acompañamiento, gusto de irme sola.

Tulcomara. ¿Por qué tan escabrosa, mi hermosa doncella? ¿De dónde vienes, que tan donosa eres?

Tegualda. ¿De Huechecara no oíste hablar aún, del pueblo de doncellas que á varones no consienten entre sí?

Tulcomara. ¿Un pueblo de doncellas y sin varones? Debe de ser hermoso pueblo, pero de poca duración.

Tegualda. Existe ese pueblo desde los tiempos más remotos.

Tulcomara. Y no envejecen quizá esos habitantes, exclusivamente femeninos?

Tegualda. Si envejecen, pero queda hermosa cada una hasta el instante mismo en que súbitamente el alma se le escapa.

Tulcomara. ¿Y soy yo por ventura el primer varón que á tí se apersona?

Tegualda. ¡Oh qué candidez! Siempre venimos á esta ciudad á ver las fiestas que hay, y es costumbre en Huechecara admitir allí á varones en nuestros gollines, para dar más esplendor á estas festividades que á diversas épocas del año celebramos.

Tulcomara. ¡Ah! si yo también pudiera participar de esas celebraciones.

Tegualda. Serán fáciles de cumplir tus deseos, y los tomaré en cuenta en tiempo oportuno. Mas ahora menester es que te abandone.

Tulcomara. Gracias, mi bella niña, por la amable invitación, y puedes estar segura de que no faltaré al llamado que me hicieres. ¿Y cuáles los dones son que tú á llevar vas al ulmén?

Tegualda. La lanza ésta, la bendita que en mis manos ves, es regalo que yo para el novel ulmén tengo.

Tulcomara. ¿A esa débil caña llamas bendita? Será pues de Pillán el alma fuerte, de mágicas virtudes bien provista?

Tegualda. Bendita llámola, porque de divinas manos la obtuve y porque en realidad en sí encierra esas virtudes que tú presumes.

Tulcomara. Supe de esas virtudes, pero no las conozco bien.

Tegualda. De esta caña es facultad principal, dar siempre con el blanco que el poseedor de ella ha elegido, y de volver luego á las manos del que la lanzó.

Tulcomara. Está pues en manos del propietario de esta arma la vida de todo sér viviente.

Tegualda. Una arma irremplazable para el guerrero.

Tulcomara. En verdad que quisiera ser yo el ulmén á quien tú á agraciar te aprestas. Por tal arma daría con gusto todo cuanto mió nombre. Ese voto empero, que tú diste tocante á esta arma, no será por ventura inquebrantable.

Tegualda. No he hecho voto alguno. Es amor á la patria mera-

mente que me induce á depositar esta arma en manos del ulmén, para que mantenga lejos de aquí al forastero que á Arauco, á Chile pretenda subyugar. Y te aseguro que serán muchos los enemigos que esta lanza hará pasar á otra vida, antes que ellos señores de Lauquén nombrarse pudiesen.

Tulcomara. Así lo comprendo. Mas tú también entenderás, que no podrá causar daño á esa lanza, si me la prestas un solo momento para dar caza á un león que aquí cerca acaba de cebarse en la sangre de una inocente ovejilla, que con cariño criaba un labriego no muy lejos de aquí. ¿Oyes crujir las ramas? ¡Escucha! El es. (*Un paguí con una oveja en la boca atraviesa el escenario*). El es. Presta la lanza, niña. Así me favoreces tú, y yo también te favorezco, investigando, si es efectiva la virtud que á esta arma atribuyes. Pásamela. (*Toma la lanza y desaparece á toda prisa*).

ESCENA V.

Tegualda.

No me ha reconocido. Mi vestidura le embeleca. Mi voz por dicha seguirá haciendo igual efecto. ¡Oh! cuán feliz me sentiría, si me fuera posible llevar á buen fin esta trama por Hueñuyún inventada. Este velo, de simple musgo hecho, en algo me está incomodando. (*Se lo saca*). Es demasiado áspero su rozamiento para el semblante mío.—¡Ay! que vuelve ya! Presto, mi velo, á tu primitivo sitio, y, cobijado por tí, valerosamente me lanzo otra vez á los brazos de la ventura, para que la victoria me sea segura.

ESCENA VI.

Tegualda. Tulcomara.

Tegualda. ¿Tan pronto de vuelta? ¿Era bastante veloz tu presa anhelada, para que de tu vista sustraerse pudo á tiempo?

Tulcomara. No quisiera devolvértela, esta arma. Con solo poseerla yo me tendría por semidios. Apenas había dado unos cuantos pasos, ví á lo lejos huir al temible carnívoro. Lancé el dardo y bañado en su propia sangre veo al paguí, y al mismo tiempo siento y contemplo, absortos los sentidos, otra vez la portentosa arma en mis manos.

Tegualda. (*Aparte*). Es, oh excelsa Hueñuyún, magna tu bondad. La prueba me la das nuevamente en esa lanza. Gracias, mi divina protectora.—(*A Tulcomara*) ¿Mas la presa, do la dejas?

Tulcomara. En el mismo sitio, donde dió en tierra. Aquéllos quienes por él daño tuvieron, se desquitarán con la piel del pagui por lo que con él perdieron. Pero más que el león sin vida, me interesa la prodigiosa vida de este dardo. De él, mi hermosa...; mas no sé como llamarte. Tu nombre dime primero.

Tegualda. Es Malgenuenu el nombre que me dieron.

Tulcomara. Malgenuenu, es decir *niña del cielo*. Bien te cuadra ese nombre. Tú, Malgenuenu, eres el domador de la fiereza que en ese león agonizante se enseñoreaba. Que se dirija^{*} pues a tí la gratitud de los pobladores de estas comarcas. Ojalá, oh bella Malgenuenu, ojalá que pudieras domar también la fiereza que en mi corazón cebándose está.

Tegualda. Devuélveme la lanza, que mucho ya me he retardado aquí.

Tulcomara. No te vayas, bella Malgenuenu. Quédate, iremos juntos. Yo también voy á llevar una ofrenda al ulmén.

Tegualda. No veo nada en tus manos que servir pudiera para ese efecto.

Tulcomara. La piel de la sanguinaria víctima de este dardo será mi donación.

Tegualda. Con la cual debieran de desquitarse los recién perjudicados.

Tulcomara. Haré después, que ellos se reintegren de otro modo. Vamos, Niña del Cielo, ayúdame desollar ese cadáver, y apresurémonos para presentarnos ante el ulmén, tú con el dardo, yo con la piel del pagui.

Tegualda. ¡Qué horror! ¿Que yo ayude á desollar un cadáver? ¿Qué inhumana pretensión! Voime, ó en otro caso á mala hora vuelvo á mi casa.

Tulcomara. Ya que tanto esperaste, bien puedes aguardar unos breves momentos más. Iremos juntos, si es que tú, la hermosamente ataviada, no desprecies verme á tu lado.

Tegualda. No por no irme contigo, me ves ansiosa de irme de aquí.

Tulcomara. ¡Oye! una buena idea me ha venido á la mente. Vamos juntos á la ciudad y presentémonos ante el ulmén cual si tú fueras esposa mía.

Tegualda. Demasiado honor sería para mí el presentarme con un mozo tan gallardo.

Tulcomara. El colmado de honor sería yo, si tú te dignares ir conmigo.

Tegualda. Vamos pues.

Tulcomara. Pero yo el esposo, y esposa tú.

Tegualda. Como quieras; estoy pronta para servirte.

Tulcomara. Pero con esa profusión de pedrería no está en armonía el rostro cubierto con un velo que si no le engaña la vista, es de simple musgo hecho.

Tegualda. No desprecies este velo, ya que no desprecian coloridas piedras transparentes, ser por él envueltas.

Tulcomara. Y las más lucidas que en Chile se producen. Esta verde esmeralda, que cual agua de mar petrificada relumbra, de Coquimbo procederá, y de ahí mismo esotra, en que la diafanidad azul del cielo se refleja. De amarillo claro ésta, es de las márgenes del Mapocho; esa colorada á Talca tendrá por patria. Ambar negro y amarillo, en llancas transformado, blancas opacas perlas lustrosas de la costa del mar y turquesas de Copiapó también veo aquí. Esta empero, que, una gota de purísima agua semejando, todos los colores del arco iris reverbera, es entre todas la más bella, así como tú la más bella debes de ser de entre las hermosas doncellas que conocí, si este musgoso difraz al suelo arrojas. ¡Quitémosle! Déjame admirar tu donosa cara; pues donosa ha de ser, ya que todo lo que en tí se ve, rebosa en pulcritud. Quitemos el velo.

Tegualda. Oportunamente lo sacaré. Ven pues, esposo mío; vamos á la habitación del almén. ¿O te arrepentiste ya de lo que me propusiste?

Tulcomara. ¿Yo arrepentido? Al contrario, mi bella Malgüenhueña, más fuerte aun me siento en lo que te propuse. Esos labios sí, que tanta felicidad me están deparando, no los negarás á mi vista. Alzo el velo un poco, un poquito solamente. Ya basta. ¿Soy tu esposo? Dí.

Tegualda. Sí.

Tulcomara. Pues entonces no tendrás á mal, que mis labios á los tuyos toquen. (*Tegualda consiente, no haciendo ni el menor movimiento repulsivo. Tulcomara quita el velo de la cara de Tegualda.*) ¡Qué veo! ¡Tegualda! ¿Tegualda, tú?

Tegualda. (*Sonriéndose.*) Sí, Tegualda soy, y tu Tegualda; ¿y tú mi Tulcomara?

Tulcomara. ¿Yo? ¿Tuyo? ¡Calla! Yo no sé, quien soy.

Tegualda. Yo sí que sé quien soy. Yo soy Tegualda, la feliz Tegualda, que, siguiendo el consejo de Hueñuyún, recuperó á

quien creía perdido. Permite que te devuelva el ósculo que me diste. No desvíes tu semblante. No esquives el ósculo de reconciliación. (*Ella lo besa*). Ve pues, Tulcomara, bien pudiera yo ahora devolverte todas esas duras expresiones que tú me lanzaste á los oídos en situación análoga. Pero no, Tulcomara, no quiero obrar tan arrebatadamente como tú procediste. Yo no te maldigo; te bendigo, te amo. ¿Y no acabas tú también de probar otra vez que me amas? Sí, me amas, sea cualquiera el disfraz con el cual yo me presente ante tí. ¿No es así, mi Tulcomara?

Tulcomara. Tegualda, perdón. (*Se arrodilla.*)

Tegualda. No me agradas así. A mi lado quiero verte.

Tulcomara. (*Se levanta.*) Mi Tegualda, tú eres inocente, yo culpable, tú no; perdón. (*Se abrazan.*)

Tegualda. Acepta pues el arma que para tí he traído.

Tulcomara. Me empequeñecen, me deprimen tus favores. Perdón, perdón te pido, Tegualda.

Tegualda. Sosiego, Tulcomara; calma tu inquietud. Lo pasado ha pasado en cuanto á lo malo; mas lo hermoso que experimentamos, manténgase siempre vivo en nuestra memoria.

Tulcomara. ¿Para qué esa arma? No la necesito, si á este riesgo (*abrazo á Tegualda*) mío nombrar puedo. Sí, comprendo ahora el destino de la mujer. Es ella con su amor y sus consolaciones el báculo en que el hombre puede sostenerse y vigorizar su ánimo, siempre que los azares de la vida amenacen aniquilarlo. Si todo se desmorona en derredor suyo, si todos lo abandonan, un corazón le queda adicto, un corazón no lo abandona; ante un corazón puede él librarse de todo lo que le oprime; en un corazón puede él tener plena confianza. Y esta confianza que él para con otro individuo guarda, mantiene viva la confianza en sí mismo, mantiene equilibrado el instinto de conservación que en momentos aciagos tan fácilmente puede salir de su juicio. Esa confianza hace tomar otra vez confianza á otros hombres y viene así á ser la piedra angular de una nueva actividad. Tú, Tegualda, eres el peñasco en el cual yo me sostengo, después de haber encallado en él, cual navío arrastrado por las corrientes. Tú eres el más precioso dón que pudo tocarme en suerte. Tú eres el pehuén en que yo débil vacilante coleo me sostengo al rebramar del huracán de mis pasiones. Tú eres, quien el dolor en mí apaciguas y el regocijo me duplicas. Tú eres mi todo.

Tegualda. ¿Mas yo, qué sería sin tí? Dejémonos de estas dulces pláticas, que bien quisiera no se acabasen nunca, y vámo-

nos á casa á presentarnos al ulmén según lo hemos concertado.

Tulcomara. ¿Sabes, Tegualda, lo que pudiéramos hacer de la piel de aquel pagui que acabo de matar?

Tegualda. ¿Y qué?

Tulcomara. Un chamal haremos de pieles del huemul y la chinchilla, y pondrémosle de forro la piel del pagui. Y será este chamal entonces el símbolo de mi futura vida. Cual chinchilla que durante la hermosa estación del estío y otoño acopia en su habitación sus provisiones para la helada estación que no le suministra sustento, así yo también acopiaré todo lo necesario para fomentar la bienaventuranza de mis protegidos con el apacible y humilde carácter de la chinchilla; con la perspicacia del huemul, que sabe con presteza y buen tino descubrir todo peligro que á él y los suyos amenaza, cual buen centinela estará alerta siempre por el bien de las comarcas que gobierno. El león empero será emblema mía, siempre que alguien pretenda perturbar la trañquilidad de estas regiones.

Tegualda. Y ribetaremos ese chamal con plumas del flamenco, el símbolo de lo más bello que Chile posee, y con la piel del cache, como emblema de la fidelidad conyugal.

Tulcomara. Así sea, mi Tegualda. Pero vamos al fin. El pueblo que á regalarnos viene, nos aguarda.

ESCENA VII.

Tulcomara. Tegualda. Colca.

Colca. Ya está muerto el león que tanto nos incomodaba. Venid á verlo. Un ejemplar majestuoso es, cual no se ha visto aún en Arauco. Herido está, mas no se ve arma alguna que le privara la vida.

Tulcomara. Fué esta lanza que abrió brecha en su corazón. Vete á desollarlo y lleva la piel á casa del ulmén,

Colca. Á obedecerte voy. (*Quiere irse.*)

Tulcomara. Colca, aguarda. Quiero ver á ese animal, antes que lo desfigures. Tegualda, ¿me acompañas?

Tegualda. No puedo. Ya te lo he dicho. Vete tú solo, que aquí te aguardo.

Tulcomara. En breves instantes me volverás á ver aquí, y en seguida entramos á la ciudad. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

Tegualda. Colca.

Colca. Señora.

Tegualda. ¡Oh Colca! No vuelvas sobre tu antigua cantilena. Da al fin término á tu funesta pasión, ya que mi compasión con ella se está agotando.

Colca. Señora.

Tegualda. ¿Qué quieres?

Colca. Quiso mi desventura, que yo la hija del ulmén amara. Amo á mi ama con todo el fervor de mi pobre corazón. Es mi amor un amor sin esperanza, pero me agrada este amor y haré siempre el bien por el objeto de mi desventurada pasión. Quiero ver feliz á mi ama; pero ahora la veo al borde de un precipicio, y la he de salvar.

Tegualda. ¿Vienes á perturbar solamente, como por venganza, la diafanidad del cielo de felicidad que sobre mi su bóveda ha extendido? ó me dices la verdad para precaver resentimientos?

Colca. No miento, señora. Es verdad la hermana del amor, no el embuste.

Tegualda. Habla pues.

Colca. Primero permite hacerte una pregunta. ¿Estás segura del amor de Tulcomara?

Tegualda. Estoy segura. Siga tu interrogatorio.

Colca. Te equivocas, Tegualda.

Tegualda. Es inconmensurable la calumnia que profieres.

Colca. Tulcomara no pudo ir á robarte, donde le esperabas, porque en otra fuente le detenía una doncella que él precia de más hermosa y más atrayente que la hija de Mareguano.

Tegualda. ¿Cuál es el nombre de esa niña?

Colca. No sé decirlo, pero te conduciré á ella, para que allí sepas todo. Si vamos luego, la encontramos aquí cerca.

Tegualda. Vete tú adonde quieras, yo conozco otros medios, para proporcionarme la certeza que he menester. (*Váse*).

ESCENA IX.

Colca.

Ya está visto que todo mi afán de obtener á Tegualda, es en vano, y no me resta más que el estar alerta de que ella de nadie llegue á ser tranquila posesión. Para el des-

graciado es gran consuelo ver, que él no es el único que en la desgracia está. Es la mala ventura de Tegnalda el mejor consuelo que puedo conseguir, el único lenitivo para la herida que en mi amante pecho hizo la hija del ulmén. Ya vuelve Tulcomara. Serásme tú, forastero, buen compañero en mi infortunio. Hasta luego. Pronto volveré á tí, para que tú, sin que lo sepas y sin quererlo por ventura, me consueles. (*Váse*).

ESCENA X.

Tulcomara.

¡Tegnalda! ¡Tegnalda! ¡Oye pues! ¡Tegnalda! Nadie más responde que el blando eco repitiendo el dulce nombre de Tegnalda. ¡Tegnalda! Probablemente habrá ido á ver al pagui. Espero pues un momento, luego ha de volver. Bien merece ese magnífico ejemplar de carnívoros tan grande, tan fuerte, tan bello y tan imponente, que mi Tegnalda lo contemple. Solo á Tegnalda ha de servir en adelante la ostentosa piel de ese magnífico regalo de Pillán. A lo que yo la piel en mis manos tenga, la secaré al sol y la sobaré, y se forrará en seguida con ella la manta, cual con Tegnalda lo tengo acordado. El más bello pasatiempo que en mi vida tuve, me dará la confección de ese chamal. En tanto que Tegnalda no se presenta, me acuesto aquí en muelle hierba, para descansar de las correrías del día. Esta pequeña eminencia me servirá de almohada. (*Recuéstase. Se oye el sonido de una arpa. Tulcomara irgue la cabeza*). ¿Música? ¿Es realidad ó estoy soñando? No, no es sueño; despierto estoy y percibo distintamente el sonido de algún instrumento. No es flauta, ni trutruca, ni cultrún, ni pito, que son los únicos instrumentos que conozco; mas aquí en esta Ciudad Encantada, donde tantas cosas nuevas se presentan á mi vista y mis oídos, es probable que tengan también instrumentos de música distintos de los que los demás araucanos usan. Son gratos al oído esos acordes que percibo. Algún guempín quizá, decantando las bellezas de las afueras de Lauquén, los despedirá. ¡Oh! seguid, seguid deleitando á mis oídos, dulces tonos que me hacéis recordar los más bellos días de mi infancia. Así también un viejo guempín las largas noches de invierno nos acortaba con las suaves melodías que sacaba de una flauta de simple coleo artísticamente confeccionado. Y cuánto más

dulces y más deleitosas eran, cuando las escuchaba yo después de haberme todo el día ejercitado en el juego con mis compañeros de edad. Ah, se sentía entonces que eran ellas las que hacen crecer al alma y la confortan. Seguid, seguid hiriendo suavemente el ambiente, melodiosos sonidos. Es tan bello el oírlos; mas ya el sueño cantivo me tiene. (*Se duerme. Aparece Tegualda con una arpa.*)

ESCENA XI.

Tulcomara. Tegualda.

Tegualda. Está durmiendo. Hueñuyún, gracias á tí; el arpa ha tenido el efecto que, según me decías, yo encontraría en él. Veamos pues, si las demás virtudes de ella me sirven también tan bien como lo anhelo. (*Se sienta al lado de Tulcomara.*) Es imposible. Este semblante tranquilo y afable no puede encubrir engaño ni insidia. No, no puede ser. Pero una vez aquí con este instrumento investigador, seguiré también probando la bondad de éste y á un mismo tiempo manifestaré la bondad de Tulcomara. (*Toca algunos acordes y deja el arpa en el suelo.*) Ahora duerme bien, pero su mente está inclinada á responder sincera é ingenuamente á todas mis preguntas.

Tulcomara. (*Soñando.*) No cese tu canto, mi tierna avecilla. Ven, en esta rama reposa, y penetre mi pecho toda la alegría que tú con tu canoro lenguaje exteriorizar pudieres.

Tegualda. No es ave la que acabas de oír.

Tulcomara. Y si ave no es, ¿á quién debo el goce que mis oídos acaban de percibir?

Tegualda. A mí.

Tulcomara. ¿Quién eres tú, que tan bellamente los oídos deleitar sabes?

Tegualda. Soy una doncella de Lanquén que te ama, y quizá no es amada por tí.

Tulcomara. Amo yo también á una doncella, pero sé que mi amor es correspondido.

Tegualda. ¿Y quién es esa bienaventurada?

Tulcomara. Es Tegualda bella, la donosa hija del ulmén.

Tegualda. Pero además de Tegualda, dicen, otra doncella ha sabido atraerse tu amor.

Tulcomara. Es vana presunción ésa; es Tegualda, mi esposa, el único objeto de mi amor.

Tegualda. Pues entonces sigue durmiendo y consiente que aquí

en tu sueño te custodie, hasta que tus cansados sentidos hayan recuperado su anterior vigor y frescura. Eres inocente. Duerme tranquilo, mi Tulcomara. (*Le da un beso en la frente. Rómpanse las cuerdas del arpa. Se incorpora Tulcomara y empuña la lanza. Huye Tegualda*).

Tulcomara. ¿Enemigos aquí? ¿Quién mi reposo osa interrumpir? ¡Hola! Tú que huyendo estás, con culpa te sabrás. (*Lanza el dardo y Tegualda cae herida al suelo*). ¡Ay de mí! ¿A quién quité la vida? ¡Mi esposa! Tegualda! ¿Cómo pudo suceder esto? Yo soy inculpable.

Tegualda. Es la inocencia tuya la causal de mi desdicha. Estoy perdida.

Tulcomara. ¿Pero qué fué que te indujo á interrumpir tan bruscamente mi sueño?

Tegualda. ¡Déjame! No mortifiques á una agonizante.

Tulcomara. Una respuesta sólo te pido. ¿Qué te llevó acá?

Tegualda. De Colca seguí el infausto consejo. Me dijo él, que tú dispensabas tus favores y tu amor á otra hija de Lauquén, que no es la hija de Maregnano.

Tulcomara. ¿Y tú, Tegualda, diste crédito á esa calumnia?

Tegualda. Para convencerme de su vanidad, me vine aquí.

Tulcomara. Y este instrumento, ¿qué significa?

Tegualda. Esa arpa me la dió Hueñuyún.

Tulcomara. ¿Y para qué fin?

Tegualda. Todos los que la oyen, se duermen; y el que la tocó, obtiene del adormecido las respuestas solicitadas.

Tulcomara. Su virtud adormecedora la he experimentado; ¿y á fuerza de esa otra virtud que diciendo estás, qué supiste?

Tegualda. Tú me dijiste soñando todo lo que quise saber de ti.

Tulcomara. ¿Y te cercioraste de qué?

Tegualda. Me convencí de que era calumnia lo dicho por Colca. Y en comprobación de tu inocencia se rompieron las cuerdas del arpa.

Tulcomara. ¡Tegualda, Tegualda! No me abandones. Yo te vengaré; mas no me dejes. No abandones de esta manera á tu esposo. Quédate conmigo, que jamás me alejaré ni un solo paso de ti. Perennemente te llevaré sobre mis brazos, y jamás tercera persona se interpondrá entre tú y yo. Mi querida, no me abandones. No desampares á tu Tulcomara. Quédate conmigo.

Tegualda. Las fuerzas me van faltando. En mucho me favorecen hoy los dioses. Hoy había expresado el deseo de morir un día en tus brazos; y ellos me conceden ya ese favor hoy mismo, el mismo día en que exterioricé el deseo. Oh, estré-

chame más entre tus brazos, no los siento ya. ¡Tulcomara, adiós! Tulcomara! (*Muere*).

Tulcomara. (*Resignado, después de largo rato de postración*).
Aguárdame, Tegualda, que juntos nos presentaremos á las puertas de la mansión de los que cesaron de vivir en esta tierra.

ESCENA XII.

Tulcomara. Viene Colca; luego después Mareguano, Epulef y Lauco.

Colca. Aquí está la piel.

Tulcomara. (*Hiriéndole con la lanza*). Y ésta la remuneración que te mereciste. ¡Vil asesino!

Mareguano. ¡Pára! Tulcomara.

Tulcomara. Aparta, anciano. Aquí de los dioses las sentencias se están ejecutando. (*Se para cerca del cuerpo de Tegualda*). Tegualda, ya que tu muerte talionada está, recíbeme en tus brazos. (*Se hiere con el dardo*).

Epulef. ¡Tulcomara! Muramos juntos. Es de Pillán y no de tí obra aciaga el juzgarte.

Tulcomara. ¿Amigos no sois de mí? Pues no me mortifiquéis con vuestros reproches. Mas bien enseñadme como querellarme de nuestra desventura.

Mareguano. ¡Ay de mí! Aquí á otro occiso reconoce mi vista.

Tulcomara. Es Tegualda, tu hija.

Mareguano. (*Arrodillándose*). Dime, ¿quién me la robó?

Tulcomara. (*Indicando el cadáver de Colca*). Que responda ése, á mí déjame en paz.

Mareguano. (*Se inclina sobre Tegualda*).

Tulcomara. (*A Epulef y Lauco*). Y vosotros amigos, ¿que os trae aquí?

Epulef. Lauco te lo dirá.

Lauco. Venimos á morir á tu lado, pues supimos que habías quebrantado tu juramento, motivando así la desaparición de la Ciudad Encantada.

Tulcomara. ¿Y á Arauco no queréis salvar?

Lauco. Es imposible ya. La extranjera planta, traspasando los márgenes del Butanlebu, ha profanado la tierra de Arauco. La independencia nuestra, así intoxicada, morirá lentamente. Todo afán por salvarla de las manos del asesino, no servirá sino para hacer más dolorosa aún su muerte, Oh,

si todos los araucanos como nosotros y los de Penco morir independientes é inmaculados pudieran.

Tulcomara. ¿Cómo los de Penco dices? Desapareció quizá el templo de Talcahuano? Acelera tu narración, breve rato me permiten aún mis fuerzas escucharte.

Lauco. Desapareció el templo de Leochengo, aquella grandiosa obra de ricos metales y diáfanas piedras de variados colores hecha, con todos los miles de ministros que en ella á Pillán hacían culto venerable al estilo de aquél que los del Perú hacen al sol. Ya habían llegado los incariales hasta la boca del Butanlebu y empezaban ya á fortificarse allí, cuando toda la tierra comienza á conmoverse, brama el huracán, deslumbra el relámpago, retumba el trueno, descárganse las agnas de los aires y, alzando sus plegarias á Pillán, se sumergen en las ondas los sacros ministros de Talcahuano y con ellos toda la pompa y riqueza que los rodeaba. Así desapareció inmaculado el áureo palacio de Leochengo, así desapareció al mismo tiempo la grande población de Ainil á la desembocadura del Ainilebu al sur del Guadalauquén; así desapareció la vetusta villa del lago de Ranco; así desaparecieron las bellas ciudades de Huechecara, Taguataña y Palena, y así desaparecerá Lauquén Encantada. Vamos pues todos á morir dentro de aquellos muros que ya aprestándose á sumergirse están.

Tulcomara. Llevadme á mí también, al arrepentido. Séame al menos permitido descansar allí, donde debía de gobernar.

Mareguano. Llevadle á la ciudad, respetando su arrepentimiento. A Tegnalda llevadla también. Ya que no les era dado verse unidos en vida, que en la muerte se lo sea permitido.

Tulcomara. De Pillán angusto era la voluntad bien deliberada que así sucediera. (*Quita la mano de la herida*). Agótese la vertiente de mi vida. Ya me encamino á las nubes. Seguidme pronto, para que juntos entremos á los palacios de ultratumba. (*Muere*).

ESCENA XIII.

Los anteriores. Llega pueblo y entra á la ciudad por el puente.

Voces del pueblo:

¡Corred! Entremos á Lauquén. ¡Corramos! El sol se puso ya, y pronto se pondrá también la Encantada Ciudad. ¡Apresuraos! Entrad todos. Mas bien morirse con honor que servir en la esclavitud á dioses forasteros. Adiós,

adiós, selvas benditas. El echol no olvidéis llevar para el viaje que á la mansión de los relámpagos emprendemos. Corramos. Sucumbamos libres, pero no esclavos.

Lauco. ¡Hola, Curaca, Chilcano, Pinol! Aquí traed esas ramas, para que en ellas llevemos á éstos á quienes solo vida les falta para seguimos.

Curaca. Aquí estamos á tu servicio con ganchos de boigue bendito.

Lauco. Arreglemos de estas ramas unas angarillas y en ellas pongamos á estos cadáveres.

Curaca. Son tres los que aquí muertos están ¡Picoldo, Ancamilla! Venid. A Colca reconozco aquí. Llevadle á la ciudad, que nosotros nos haremos cargo de éstos. En primer orden pongamos la que hija de Mareguano fué, á ella siga Tulcomara, y en pos de ambos vaya Colca. Cual séquito en nuestros funerales sirva el pueblo que á acostarse viene para nunca despertar. (*Los tres muertos han sido colocados encima de las ramas y son llevados á la ciudad como queda dicho. Empieza á oscurecerse. Mientras el pueblo entra á la ciudad y durante toda la siguiente escena oýense tocar marchas júbres*).

ESCENA XIV.

Mareguano solo.

¡Tegnaldá, adiós! Regocíjate de tus funerales, que una tumba, cual tú la tienes en Lauquén, no la ha tenido mortal alguno, ni la tendrá jamás. Eres mi hija, y me enorgullezco de que contigo tanto honor se me haga. Oh Pillán sempiterno, tú eres justo y recto juez y tu sabiduría es imponderable. Cumplirás tu voluntad: el último día de Lauquén ha llegado. No postergues la ejecución de la sentencia que sobre Lauquén pronunciaste; ya el enemigo cerca se presenta. No me dejes caer en las manos de aquéllos, por quienes, obedeciendo tus santos preceptos, he guardado siempre el menosprecio y rencor que el amor patrio de mí exigían. No me toquen las manos de aquellos huincas, que, no sabiendo valerosamente defender su causa con las armas en la mano, dieron con el arte de hacer mitimaes. En la insidiosa desmembración de los pueblos de Chile buscan ellos su victoria. Es la insidia que supeditar pretende al valor. Contra tales poderes eres tú hoy impotente. Retírate por algún tiempo á los volcaes

que sus pies en el lago de Lanquén humedecen. Retírate á ellos, hasta que hubieres aprendido también los artificios que hoy menester son para sustentar la vida. Retírate á los nevados volcanes de los inexpugnables Andes, la mansión de todos los que con honor dejaron su vida en este mundo, y permanece ahí, hasta que ese fermento que de países extranjeros nos está llegando, haya consumado su obra de trasformación. Cedamos el mundo á la astucia y la crueldad; yo se lo cedo de buena mente, pues percibo ya el reflejo de la morada celestial de Pillán. Te saludo, mi grata mansión; mi saludo de despedida de vosotros los huincas empero se concreta en una imprecación, que... (*Relámpagos y truenos. Véase un arco iris. Mareguano se arrodilla. Gran claridad.*)

ESCENA XV.

Mareguano. Aparece Pillán circundado de divinidades.

Pillán. No prosigas. Donde ellos pecan, ahí encontrarán su juez.
¡Levanta!

Mareguano. Humilde posición me conviene ante tu grandeza.

Pillán. Levanta y signeme.

Mareguano. ¿Yo, simple mortal, seguirte con vida mundana á tu celeste habitación?

Pillán. Asílo, ponello en las andas que trajisteis, y abandonadme; ya mis esforzados siervos sus fuerzas á probar empiezan. (*Mareguano es colocado en unas andas de oro y cristal de roca recamadas de pedrerías. Vánse todos menos Pillán. Empieza otra vez á oscurecerse y succédense truenos y relámpagos á breves intervalos. El fondo se estremece de vez en cuando con sordo ruido subterráneo. Desde el interior de la ciudad se oye música alegre acompañada de canto de muchas personas. Música y canto—éste es bajo, y no se distinguen las palabras—duran hasta que caiga el telón.*)

ESCENA XVI.

Pillán. ¡Adiós, Lanquén! No hay ya bienaventuranza para tí sobre la tierra. Reposa tranquilo en el fondo de las aguas, en las que tú te reflejabas en honor y gloria de tus moradores. Sumérgete. Pero quede de tí el recuerdo vivo en el

corazón de los chilenos venideros, cual de fragante flor queda aún el perfume en el aposento en que estaba, cuando ella ya no existe. Truéquese ese reflejo tuyo dentro del corazón de todo hijo de Chile en la imperecedera divisa: ¡Sucumbe libre, pero no esclavo! ¡La victoria ó la muerte!— Yo en tanto que la iniciada amalgamación de araucanos con forasteros se consuma, me retiro á los volcanes cercanos, para velar allí por la bienaventuranza de esta tierra y para volverme á los corazones de sus hijos, cuando ya no existan diferentes tribus chilenas mal concertadas, mas sí un Chile unificado que, después de haber lanzado de sí las costumbres malas de los que lo poblaron anteriormente, se quedó con las buenas que éstos poseyeron. Adiós, mi rica villa de Lanquén. Piérdete en las simas cristalinas de este lago, pero pase el recuerdo de tí de una generación á otra; y á todos á cuyos oídos la tradición de Villarica llegue, llénese el corazón del ardiente deseo de volver á dar con la perdida Ciudad Encantada. Y truéquese este buscarte en amor á tí, en amor á los que te poblaron, en amor á Arauco, en amor á Chile. *(Todo el fondo, relumbrando en diversos colores, es sacudido reciamente. Truenos y ruidos subterráneos. El fondo empieza á sumergirse.—Cae el telón.)*

FIN.

NOTAS.

(Á LA PÁG. 3.)

Ulmén.—“Cada familia reconocía en uno ú otro individuo de ella, que sobresalía á los demás, una especie de superioridad, análoga á la que reconoce nuestra plebe en los nobles y hombres ricos, á quienes estos nacionales (los araucanos) llaman ulmenes, Esto lo conservan hasta hoy hereditario, y procuran que en los que la tienen, recaigan los títulos de cacique y cacique-gobernador, introducidos por los conquistadores, siguiendo la costumbre del Perú.” Carvallo, *Historia del reino de Chile.*

Ciudad Encantada.— Léese sobre ésta en la *Historia General de Chile* por Don Diego Barros Arana, tomo I, pág. 403, “Obligado á detenerse durante el invierno de 1551 al otro lado de las cordilleras. Villagrán mandó hacer en esos meses una expedición á los territorios del sur. Contábase entre los conquistadores, que en aquellos lugares existía una nación más civilizada, populosa y hospitalaria, que poseía grandes riquezas en plata y oro. Estas fábulas, primer origen de la creencia en la misteriosa ciudad de los Césares que tanto preocupó la atención de los españoles durante tres siglos, eran fácilmente acogidas por la inclinación de esas gentes por todo lo maravilloso, y estimularon á Villagrán á disponer aquella campaña. Sus tropas, sin embargo, despues de soportar no pocas penalidades y de perder muchos caballos, volvieron á Cuyo sin haber hallado la rica región de que se les hablaba.

Esta fué la primera expedición emprendida por los españoles en busca de una ciudad fabulosa que, según se contaba, existía en la extremidad austral de la América, y á la cual dieron el nombre de Césares. Ni los documentos conocidos hasta ahora, ni las crónicas dicen una palabra de los esfuerzos de Villagrán para descubrir esta ciudad encantada en 1551. Sin embargo, el becho es exacto como pasamos á demostrarlo.

En un grueso legajo del archivo de Indias rotulado *Cartas y expedientes de personas seculares del distrito de la audiencia de Chile (1547-1576)*, hay un expediente tramitado en 1560 por don Miguel de Avendaño y Velasco para comprobar sus servicios. Dice allí que vino á Chile con Villagrán en 1551, con quien llegó á Cuyo, después de haber atravesado

la provincia de los comechingones. "De allí, agrega, salí al descubrimiento de lo de César, de donde salí con gran necesidad y perdi muchos caballos y esclavos y puse mi persona en gran riesgo." Los testigos ratifican esta exposición.

El origen de la creencia de los españoles en la existencia de aquella ciudad data de los primeros días de la conquista de estos países. Contábase que en 1527, cuando Sebastián Cabot, primer explorador del río Paraná, fundó una fortaleza en el punto de reunión de este río con su afluente el Carcarañá, despachó cuatro soldados á reconocer los territorios del interior. Uno de sus soldados, el único cuyo nombre se recuerda, se llamaba César. Penetraron éstos hasta Tucumán, y dirigiéndose en seguida hacia el sur, llegaron, según se refiere, á una tierra muy poblada, abundante en plata y oro, gobernada por un cacique poderoso que recibió hospitalariamente á los castellanos. Después de residir algún tiempo entre esos indios, recibiendo de ellos todo género de atenciones, César y sus compañeros dieron la vuelta á juntarse con Cabot. Hallaron destruido y abandonado el fuerte, y entonces se dirigieron al norte y llegaron al Perú en los momentos en que Pizarro comenzaba la conquista de este imperio. Hicieron allí la relación de sus fabulosas aventuras, y ella dió origen á que se creyera en la existencia de aquella región maravillosa, que los españoles denominaban «lo de César.» Véase Lozano, *Historia de la conquista del Paraguay*, lib. IV, cap. Más tarde se supuso que la encantada ciudad de los Césares había sido poblada por indios fugitivos del Perú después de la conquista, ó por españoles naufragos en el estrecho de Magallanes."

En los «Documentos» de Gay encontramos la siguiente exposición de Fr. Benito Delgado: "Notoria es la credulidad con que los gobernadores de Valdivia á mediados del último siglo admitieron las nociones de ciertos indios sobre la existencia de varias grandes ciudades españolas en las cordilleras de esta provincia. Al oírlos no se hubiese dudado el que estas misteriosas ciudades encerraban inmensas riquezas, que excitaron tanto la concupiscencia cuanto la curiosidad de los jefes, y de orden real se hicieron repetidas expediciones para descubrir este nuevo *Dorado*.—Dieron la vuelta, y en el camino logró Aburto hablar al cacique Vurín, quien le manifestó el motivo de su fuga y que, supuesto que los españoles no iban á hacerle daño, que en llegando la tropa, les enseñaría el camino para los Césares ó españoles que buscaban, los cuales, dijo, que están de la otra banda de la cordillera, junto á otra laguna, llamada Llanquihue, y no muy distante de la de Puyehue, pues de año en año solían oírse tiros!—La mayor incombinación que se halla en todas las dichas noticias, es acerca del sitio y paraje donde están situadas las poblaciones de dichos españoles, poniéndolas unos inmediatos á la laguna de Puyehue, otros cerca de Ranco, y otros en una isla.—Fuera de que los mismos poelches, los pehuenches, los de Ranco y otros muchos indios que están al norte de Valdivia constantemente afirman haber heredado de sus mayores esta misma tradición de estar ahí los españoles,

¿quién les ha pagado ó sobornado para que mientan y finjan esta noticia? Yo, por mí puedo decir, que nada les he pagado, y se la he oído varias veces á indios muy formales, como lo es el cacique Manquemilla, Meigurú y el cacique Antulicán, sin que me costase nada más que la paciencia de escucharlos.—Los demás indios refieren que por el otoño, ó como ellos se explican, cuando maduran los membrillos, todo el día se están oyendo los tiros que disparan aquellas gentes.”

“Creer los mapuches, dice Subercaseaux en su *Memoria de la campaña á Villarica*, que en los empinados flancos de las cordilleras de Trum-pulu existe una fortaleza, la que con sus broncos y ásperos rugidos les anuncia el mal tiempo. Preguntamos á nuestro guía Paine-pichún, *pluma celeste*, el origen de esa creencia, y nos refirió que en el calizo seno de una alta roca que se levanta en la cima del cerro, habianse refugiado algunos guerreros de los que con tanta bizarría defendieron el territorio en la época colonial, y que por medio de los sonidos que se escuchan á menudo, les recuerdan el deber que tienen de velar y luchar infatigables por la honra é independendencia de la tierra.”

Guempines.—Se llamaban así á los poetas araucanos.

Lauquén.—El haber dado este nombre primitivo del lago Villarica á la Ciudad Encantada es una de aquellas licencias que obtendrán—no es de dudarlo—indulgencia y venia del lector.

Pillán.—“Los araucanos ni conocen al verdadero Dios, ni tienen otros dioses falsos, ni ídolos que adorar, y así no saben de religión, culto ni adoración, ni tienen sacrificios, ni ofrendas, ni invocaciones. Solo invocan al Pillán, y ni saben si es el demonio, ni quien es.” Rosales, *Historia de Chile*.

“El numen á quien su barbaridad rendía ligero culto, porque no había ningún exceso en su religiosidad, llamaban Pillán, y decían que habitaba en la cordillera ó volcanes, haciendo el trono de su deidad los horrores del fuego y humo, y decían que los truenos, rayos y relámpagos eran efecto de su poder ó indicios de su indignación; y cuando esto sucede, le invocan á voces, más con placer que con temor. Solicitaban tenerle propicio en los casos arduos, principalmente en la guerra al tiempo de acometer á los enemigos. Vibrando la lanza le llaman á voces, ceremonia que acostumbra no sólo para implorar favor, si también para expulsar el pavor, y que les dé espíritu de audacia y vigor, lo que no omiten aún en sus juegos de chueca.” Pedro de Córdoba y Figueroa.

“El carácter que predomina en la fisonomía de los araucanos, es una altivez algo terca y excéntrica, mucha calma y sosiego. Molina dice: “Ellos reconocen un Ente Supremo, autor de todas las cosas, al que dan el nombre de Pillán, que quiere decir *espíritu por excelencia*.” De cualquier bien que reciben, tributan su agradecimiento al Ente Bueno (*Pillán*) y le dan las primicias de la bebida que les encanta; mientras que en caso de desgracia, enfermedad ó muerte tratan de aplacar el enojo del Ente Malo (*Epunamin*). Por esta misma razón es que aun en la pelea más sagrada, la defensa de su patria, libertad é independendencia, no invo-

can al Ente Bueno sino á la muerte y á la venganza que personifican. Esta ha sido sin duda la razón, porque se ha acreditado entre los españoles la opinión de que el indio adoraba al Ente Malo, al demonio, á Satanás: idea incompatible con la naturaleza del hombre (araucano), con la nobleza de su caracter intelectual, y degradando al mismo valor del valiente. Ni pueden ni saben representar en su imaginación infantil la vida futura sin aquellos goces y distracciones de la vida actual, que para ellos constituyen el objeto, el destino principal de esta vida. Consideran el alma, aun después de fenecido el cuerpo, poseida de los mismos vicios, deseos y pasiones que tenia durante su vida. De esto resulta que, aunque ignorantes, bárbaros, tienen presente la otra vida, la ven en su imaginación con colores tan vivos y fuertes, con tanta fe y seguridad, que respecto de esto llevan ventaja á muchos hombres civilizados, entibiados en su fe y creencia.—Notemos que privado el hombre de la divina revelación, que es la única que le da el verdadero conocimiento de su creador, parece buscar esta revelación en las cosas creadas; la busca en todo lo que le rodea, la ve en los ensueños, en el canto y vuelo de las aves, como en el temblor de sus volcanes, en el ruido del viento y del océano, como en el sombrío de las nubes y en lo limpio del cielo. La inquieta conciencia, una secreta voz de lo más profundo del alma, un no sé qué presentimiento del mundo espiritual y de la verdadera patria del hombre, les hace representar figuras y fantasmas que obran en ellos con mayor fuerza y encanto que la realidad de esta vida." Domeyko, La Araucanía y sus habitantes.

(Á LA PÁG. 5.)

Canelo.—Este árbol es el símbolo de la concordia. "La grandeza de esa fiesta, se lee en el padre Ovalle, consiste en plantar en medio un árbol y pendientes de él unas maromas de lana de diferentes colores."

"En el *ñihuín* diez ó doce parejas se toman de las manos, y formando círculos, dan vueltas al rededor de un canelo, cantando al son de los tamboriles." Carvallo, Historia de Chile.

"El músico que tocaba el tamboril, se ponía en medio de la rueda, sirviendo de maestro de capilla, á quien seguían los circunstantes en los altibajos de voz y tonada. Los mismos caciques ayudaban también algunas veces á cantar y daban sus vueltas en el baile con las mozas y galanes." Bascuñán, Cantiverio feliz.

"Júntanse pues en un ameno y verde campo, cerrado de arboledas, con gran provisión de cántaros de sus bebidas, de que llevan cargadas sus mujeres, y en el medio del llano plantan un pimpollo ó árbol nuevo de limpio y derecho tronco, y en la cima muy acopado de hoja, (el cual árbol llaman de canela, aunque no es de los verdaderos que la crían). En lo alto á la redonda de sus ramas, ponen las cabezas de los enemigos muertos, cada una en su rama, de manera que se ven los rostros desde fuera, las cuales tienen adornadas de flores y guirnaldas, y aun les ponen

sus mismos zarcillos algunas indias. A la redonda del árbol tienen puestos en círculo bancos de tablones, que son los puestos de los caciques y capitanes.—La demás gente anda á la redonda de los bancos por un espacio del campo." Gonzalez de Nájera, *Desengaño de la guerra de Chile*.

Llauto "es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos que les ciñe la cabeza, y los cuales adornan con muchas piedras y dijes." Ercilla.

Llanca, piedras agujereadas, transparentes y de varios colores.

Trarilonco, listón rojo con que los varones araucanos sujetaban su cabellera, ciñéndoselo en la parte superior de la frente.

Huinchas, cintas.

Repu.—"Para sacar fuego, su piedra y eslabón son dos palitos que llaman repu."

Manque, el cóndor de los Andes.

Trutruca, trompeta del largor de varios metros.

Cultrín, especie de tamborcillo que se tocaba con palitos.

Uleo, poncho ó camiseta sin mangas, hecha de solo dos listas.

Iela, un retazo de género de forma cuadrada, el cual, pendiendo por las espaldas, se sujeta por los extremos en el pecho por medio de grandes alfileres (topus).

Trarinamú, argolla de oro ó plata para los tobillos.

(Á LA PÁG. 6).

Porras de metal.—"Los primitivos chilenos extraían el oro, la plata, el cobre, el estaño y el plomo de las entrañas de la tierra, y después de haberlos purificado, se servían de estos metales para varias labores útiles y curiosas; pero en particular del cobre campanil, ó sea mineralizado, con el cual, por ser más duro, hacían hachuelas y hachas y otros instrumentos cortantes." Molina, *Historia Natural de Chile*.

Colithue ó *coleo*, especie de bambú.

Laque, arma arrojadiza que se compone de una sogá larga en cuyas extremidades amarran piedras ó bolas.

Chamales son las mantas con que las araucanas se cubren el cuerpo.

Ruca, casa.

Pudú, venado.

Hueque, oveja que había en Chile antes de la invasión europea.

Huanques, especie de rata que en sus artificiosamente confeccionadas habitaciones subterráneas acopia sus provisiones para el invierno.

Hoz, «angostura de un valle profundo, ó la que forma un río que corre por entre dos sierras.» Diccionario de la Real Academia Española.

(Á LA PÁG. 7.)

Uñi es la sabrosísima fruta que en el sur de Chile llaman también *murta*.

Nihuín, fiesta agrícola acompañada de baile.

(Á LA PÁG. 8.)

Auca es franco, libre.

Gollines son reuniones que tienen por objeto ayudar á un amigo á levantar una casa, á hacer una cerca, á sembrar, á trillar, etc., sin pedir de éste más remuneración que una buena comida y algunos vasos de chicha. En estos gollines, en que «se disfrazaba el trabajo bajo la apariencia de una fiesta», hubo siempre baile y otros entretenimientos. La trilla, tal como la podemos ver aún hoy en el campo entre dueños de pequeñas siembras, es el último vestigio que nos ha quedado de los gollines araucanos.

Butanlebu, el Biobio.

Huaina Cápac.—Murió este inca del Perú por los años de 1520. Sus hijos fueron Huáscar y Atahualpa.

Lebtoqui.—«El padre Rosales, hablando de la convocación que el toqui general solía hacer á los caciques, invitándolos á levantarse contra los españoles, declara, que, junto con una flecha ensangrentada, les enviaba unos nudos en un cordón de lana colorada, en gran secreto, con su lebtoqui, que es un ayudante.»

Aillaregues son los distritos de que se componía cada butalmapu.

(Á LA PÁG. 9.)

Mitimaes.—«El inca sacaba también una parte de la población de la provincia sometida y la trasportaba á otra región de su vasto imperio. Los así trasladados de un lugar á otro, se llamaban mitimaes.» Diego Barros Arana, Historia General de Chile.

Yupanqui, inca del Perú que reinaba de 1430 á 1470.

Lago quichua, el lago Titicaca.

Boroanos.—«Entre el Cautín, Imperial y el Toltén habitan los célebres boroanos de cabellos rubios y rostros hermosos.» Horacio Lara, Crónica de la Araucanía.

Butalmapu.—El antiguo Arauco tenía cuatro butalmapus ó provincias que eran: 1.º Lauquenmapu (país marítimo), 2.º Lelvunmapu (país del llano), 3.º Inapiremapu (país de la falda de los Andes), 4.º el territorio comprendido desde el Toltén hasta el Riobueno.

Regue es parcialidad ó departamento.

(Á LA PÁG. 10.)

Huínca es el extranjero.

Toqui.—Llamábase así al general en jefe de las huestes araucanas, que se elegía en tiempo de guerra. «Los toquis eran generalmente los caciques (ulmenes) más antiguos y de más alta estirpe. Les venía este nombre de una hacha de piedra, llamada *toqui*, y que se heredaba de padres

á hijos y servía de insignia de mando y de lema para convocar á la guerra.» Horacio Lara, *Crónica de la Araucanía*.

Huelén, el cerro de Santa Lucía en Santiago.

Bienvenida.—«Á nadie que llega á casa de un araucano, es lícito entrar sin licencia del amo, y sucede no raras veces que éste salga afuera á recibir al huésped con cortesía ciertamente ingrata, porque, comenzando por la salutación, pasa de unas en otras á largas arengas, y el pobre huésped ha de aguantar sin mostrar desabrimiento, aunque lo ase el sol ó traspase el agua, hasta que al dueño de la casa se le ofrezca decirle que se acomode, y ordinariamente se le ofrece tarde.» Medina, *Aborígenes de Chile*.

Domuche, esposa de Pillán.—«Á la primera mujer del dueño de casa obedecen las demás y es llamada por él *Domuche*.» Subercaseaux, *Memoria de la campaña á Villarica*.

(Á LA PÁG. 13.)

Boigue, el árbol chileno que los españoles dieron en llamar canelo.

(Á LA PÁG. 14.)

Hueñuyín.—Este vocablo significa en araucano *amistad, benevolencia*.

(Á LA PÁG. 15.)

Huecubus «eran como los ministros y delegados de Pillán.»

«Estos huecubus que seguían de tiempo en tiempo vida solitaria en las grutas de las montañas, fueron sin duda los que inspiraron á Ercilla la creación del mágico Fitón.» Medina, *Aborígenes de Chile*.

(Á LA PÁG. 22.)

Pehuén es la majestuosa araucaria andina que produce los sabrosos piñones.

(En vez de «tormentas y hachazos continuos del leñador que alevosamente su tronco debilita, sucumbe, entonces,» léase: tormentas, sucumbe á los hachazos continuos del leñador que alevosamente su tronco debilita, entonces.)

(Á LA PÁG. 23.)

Matrimonio.—«El matrimonio se puede hacer de dos distintas maneras, ó por el consentimiento ó por el raptó.—En el matrimonio que piensa celebrarse por medio del consentimiento, el novio visita la casa de la que quiere hacer su esposa, cultivando relaciones de amistad con los

parientes de ella, á fin de insinuarse favorablemente en su corazón y merecer su cariño. Establecidos esos preliminares, se pone en conocimiento de toda la reducción, que es como decir la parentela, el acontecimiento que se prepara en la familia, y el novio estipula con el padre de la que va á ser su esposa, los regalos ó donas, (ó sea el precio por el cual el padre cede su hija al novio).» P. Nolasco Préndez, Una excursión de verano de Angol á Villarica.

“Es bien sabido el modo como celebran sus matrimonios que llaman *mapatún*. Si alguno quiere tomar por esposa á una mujer, convida á varios de sus amigos que le acompañen, y auxiliado por ellos, va á sacarla á viva fuerza del hogar paterno (ó de la fuente, estero ó río, adonde ella va á buscar agua). La mujer se resiste cuanto puede, en cuya resistencia la ayudan todos los indios que hay en el rancho, entre los cuales y los raptores se traba una refriega de palos y tizonazos. El triunfo queda siempre de parte de los invasores que son los más fuertes.» José Manuel Orrego, *Memoria sobre la civilización de los araucanos*.

(Á LA PÁG. 26.)

Culpén, zorra.

Epunamin. Véase la nota *Pillán*.

(Á LA PÁG. 34.)

Volcanes.—Creían los araucanos que los caciques, después de muertos, pasaban á los volcanes vecinos á vigilar por aquéllos á quienes abandonaban en este mundo, que los guerreros que habían sido valerosos, se subían á las nubes y se trasformaban en truenos y relámpagos, y que la demás gente tenía de morada futura á la isla de la Mocha, donde pasaban otra vida sin fin ni trabajo.

(Á LA PÁG. 37.)

Traucura, río que desagua en el lago Villarica (Lauquén.)

(Á LA PÁG. 38.)

Clenclén, pájaro de muy rápido vuelo.

(Á LA PÁG. 50.)

Pagui, el león de Chile.

(Á LA PÁG. 51.)

Huehecara es *Ciudad de las doncellas*; hueche-niña; cara-ciudad.

(A LA PÁG. 56.)

Huemul, el ligero ciervo de los Andes chilenos que gusta de vivir en los riscos más escarpados.

Cache, especie de pato que se cría en las agüas de Chiloé. Son los caches, según el historiador Molina, muy castos y fieles cónyuges.

(A LA PÁG. 62.)

Templo de Talcahuano.—«Adelante de Chile (valle de Aconcagua) en 38 grados de la línea, hay dos grandes señores que traen guerra el uno contra el otro, y cada uno saca en campo doscientos mil hombres de guerra. El uno de ellos se llama Leuchengorma (Leochengo según otros), que tiene una isla de dos leguas de tierra firme (Quiriquina), dedicada á sus idolos, donde hay un gran templo que lo sirven dos mil sacerdotes. Y los indios de este Leuchengorma dijeron á los españoles que cincuenta leguas más adelante hay entre dos ríos una gran provincia, poblada toda de mujeres, que no consienten hombres consigo más del tiempo conveniente á la generación. Están sujetas á este Leuchengorma. La reina de ellas se llama Gaboinilla (Guanomilla), que en su lengua quiere decir *cielo de oro*, porque en aquella tierra diz que se cría gran cantidad de oro; y hacen muy rica ropa, y de todo pagan tributo á Leuchengorma. Agustín de Zárate, Historia del Perú.

Ainil.—«Según el historiador Alonso da Góngora Marmolejo, á la desembocadura del río Ainilebu, un poco más al sur de Valdivia, había en su tiempo un gran pueblo de indios llamado Ainil.» Medina, Aborígenes de Chile.

Taguatagua.—Sobre este “hermoso valle muy ameno y poblado de infinita gente” trae Rosales en su Historia de Chile una larga relación que concluye así: “Mas, después de pocos días vino el castigo de Dios sobre ellos, porque tembló la tierra y se estremeció con tanta furia que, abriéndose en diferentes grietas y por diversas bocas, pronunció la sentencia y ejecutó el castigo, vomitando tanta cantidad de agua, que inundó todo aquel valle y anegó á cuantos en él había, sus casas, haciendas y sementeras, sin dejar memoria de aquella tan nefanda gente, y quedando para eterna memoria y escarmiento de los demás, aquella laguna que hoy se ve y ha permanecido después de tantos años ha que sucedió este tan maravilloso caso.”

Guadalauquén, el río de Valdivia.

(A LA PÁG. 63.)

Echol.—“La provisión que los indios echan en los entierros, dice Perez García, se llama echol, añadiendo al varón sus armas, y á la mujer el huso, lana y ollas.”

“Parece que ningún presentimiento moral de penas y recompensas lo

conmoviera interiormente, no siendo para él la vida futura otra cosa más que la prolongación de ésta, cargando en su sentido á los que el destino lleva al otro lado de la lejana ribera, con los gustos, apetitos y pasiones que en esta pasajera mansión disfrutaban, como que se compusiera la eternidad de sensualidades sin cuenta y de goces sin límites.—Meten adentro de la tumba *todo lo que había sido del gusto del difunto durante su vida*. Allí le ponen su chueca, su lanza, los laques, mantas y espuelas, manjares de lo más exquisito, granos y semillas, para que tenga con que sustentarse, y pasar en el otro mundo la misma vida que en éste.—Entonces (en los funerales de un cacique) es cuando aparece con todo su carácter salvaje el indómito indio. Este mismo indio, que en tiempo de paz es tan hospitalario, cuerdo, honrado y amante de sus hogares, sale con todo el horror de la naturaleza del hombre poseído de sus pasiones más brutales y bajas. De esto sin duda viene que los chilenos que han militado contra los indios sin haberlos tratado en tiempo de paz, les han cobrado un odio invencible, y los tienen por traicioneros, bárbaros y crueles, sin reflexionar que el indio en tiempo de guerra representa lo que fueron nuestros antepasados antes del cristianismo, y lo que nosotros somos, cuando las pasiones, el egoísmo y la malicia se nos atraviesan. Ignacio Domeyko, *La Araucanía y sus habitantes*.

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Alimento Natural del Hombre desde el punto de vista anatómico, fisiológico, químico é histórico. Valparaíso, 1889.

Alimentación Higiénica, ó sea nuestros mejores artículos alimenticios y su más saludable confección. Valparaíso, 1891.

Ambas obras se obtienen en Valparaíso en las librerías siguientes:

Kirsinger y Ca., calle de la Esmeralda, núm. 5.

Librería Universal, calle de la Esmeralda, núm. 13.

La Ilustración, calle de la Victoria, núm. 99-B.

Tipografía y Encuadernación Nacional, calle de la Victoria, núm. 30
y en la *Tienda de Flores Naturales* de Don Edmundo Hamel, calle de la Esmeralda, núm. 36.

Puntos de venta en Santiago:

Librería Universal

Kirsinger y Ca.

Roberto Miranda.

De provincias dirigirse al autor, Valparaíso, casilla del correo núm. 445.

Precio de cada obrita: 60 Cts.

JUICIOS DE LA PRENSA

SOBRE EL "ALIMENTO NATURAL DEL HOMBRE."

"No hemos tenido aún el tiempo necesario para estudiar el libro con detención; por lo que nos concretamos á insinuar solamente que la obra del señor Klickmann es un muestrario sistematizado de conclusiones científicas, que demuestran las ventajas del régimen vegetal sobre la alimentación animal. Según hemos sabido, es el mencionado opúsculo el primero que se ha escrito en castellano en defensa del vegetarianismo, y estamos seguros de que su publicación será del agrado de todos los que deseen conocer las máximas de ese método de vida, que cada día con mas celeridad está conquistando terreno en las diferentes capas sociales de Europa y Norte América."—LA PATRIA. (Valparaíso).

"Esta obra del señor Klickmann, escrita con conocimiento de causa, y hasta experimentalmente, no sólo tiene el mérito del estudio y las pruebas que presenta, sino también el de la curiosidad; mucho más, tratándose de una materia tan importante como es la alimentación del hombre que á tantos estudios, comentarios y opiniones se ha prestado siempre."—EL MERCURIO. (Valparaíso).

"El libro, cuyo título citamos al principio de este esbozo, es una recopilación de resultados obtenidos con las más concienzudas é imparciales investigaciones sobre el vegetarianismo desde el punto de vista médico-científico; y bien se puede decir, que «*El Alimento Natural del Hombre*» es miel acumulada por el bien leído traductor, que antes de publicar esta obrita ya había tenido suficiente valor para trabajar teórica y prácticamente en favor del vegetarianismo.—(Acápite de un *Esbozo vegetariano*, firmado R. F. y publicado por EL HERALDO de Valparaíso).

"La presente obra del señor Klickmann no es solamente testimonio elocuente de que su autor ha estudiado detenidamente la literatura vegetariana, sino que comprueba también el carácter internacional de nuestras aspiraciones."—NATURAERZTLICHE ZEITSCHRIFT. (Periódico fisiátrico del doctor Max Böhm, director propietario del establecimiento fisiátrico *Wiesbaden* en Alemania).

"*El Alimento Natural del Hombre* es el primer libro que se ha publicado en castellano en defensa del régimen vegetal.—En lúcidas sentencias ha vertido el señor Klickmann las principales doctrinas del vegetarianismo al sonoro, viril y expresivo idioma de Castilla».

VEGETARISCHE RUNDSCHAU.

(Revista vegetariana, que se publica en Berlín por las diferentes asociaciones vegetarias de Alemania.)

JUICIOS DE LA PRENSA

SOBRE "ALIMENTACIÓN HIGIÉNICA.

Recomendamos este libro (Alimentación Higiénica) á todos aquéllos que acatan las aspiraciones de los vegetarianos especialmente en cuanto ellas tienden á cercenar y restringir muchos hábitos degenerados del método de vida generalizado hoy día.—*Deutsche Nachrichten*, periódico alemán de Valparaíso.

"El que un buen régimen alimenticio, moderado y racional, evita muchas enfermedades y muchos gastos, es una verdad más grande que una torre. En Chile, donde el alimento abunda, mas no así el tino para elegirlo y usarlo, la obra del señor Klickmann está llamada á prestar importantes y positivos servicios. En la esperanza de verla pronto generalizada, enviamos al autor nuestros agradecimientos por el ejemplar que nos ha enviado desde Valparaíso, donde ha sido impresa.—*La Familia*, periódico quincenal ilustrado, de literatura, ciencias, artes, modas y conocimientos útiles. Santiago de Chile.

"*Alimentación Higiénica*.—Así se titula una importante obrita recientemente publicada en Valparaíso por Don Jorge Klickmann. El señor Klickmann trata de propagar el vegetarianismo ó alimentación con vegetales, como normal é higiénica y susceptible de procurar una vida larga y sana, libre de muchas enfermedades y dolencias, como ocasiona el uso de la carne en sus diversas preparaciones.—*La Voz* de Ovalle.

"Recomendamos la adquisición de este libro en la seguridad de que no ha de quedar sin provecho quien le lea."—*El Intransigente*, Valparaíso.

"La expresada obra introduce reformas muy dignas de tomarse en consideración en el arte culinario."—*La Opinión*. Traiguén.

"Como su mismo título lo indica, es materia del libro la higiene en la alimentación, y además se hace en él una exposición de artículos culinarios y la manera de guisarlos. Igualmente trata de algunos asuntos fisiológicos, lo cual aumenta aún más su importancia."—*El Censor*, San Felipe.

"El título demuestra la importancia y utilidad de este trabajo, como el nombre de su autor es una garantía para los que quieran aprovechar sus consejos higiénicos."—*El Mercurio*, Valparaíso.

"Recomendamos estas obritas (Alimento Natural y Alimentación Higiénica) á nuestros lectores. No deben faltar en una casa, pues son los

guías más seguros para tener una alimentación higiénica y saludable. Agradecemos su atención al autor y nos congratulamos de tener en Chile un escritor que se dedique á obras de esta naturaleza.—*La Epoca*, San Carlos.
